



EDICIÓN ESPECIAL
HOMENAJE A
DELIA STEINBERG GUZMÁN



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 130

Octubre 2023

Hoy vi... un ojo infinito

Los juegos de Maya

Recuerdos: Concurso de Piano

El camino del héroe

Cordura y aventura

Un sueño de ética y estética

Entrevista a Delia Steinberg

Delia y la música

Una visión filosófica de la eficacia

La magia de la transmisión

Delia: filósofa, artista y matemática

La filosofía y el verdadero éxito

Una filósofa para el siglo XXI

Moral, filosofía y espiritualidad

SUMARIO



Delia Steinberg en la sede de Nueva Acrópolis de Madrid en 1980.



Revista digital n.º 130 Octubre 2023
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Figares, directora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaite, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucia Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.



- 4** Hoy vi... un ojo infinito
- 9** *Los juegos de Maya*, una obra de necesaria lectura
- 12** Memorias, anécdotas y reflexiones del Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg
- 18** El camino del héroe hacia la victoria
- 25** Cordura y aventura
- 28** Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg: un sueño de ética y estética
- 32** Entrevista a Delia Steinberg
- 35** Delia y la música
- 38** Una visión filosófica de la eficacia
- 44** La magia de la transmisión
- 48** Delia Steinberg, filósofa, artista y matemática
- 50** La filosofía y el verdadero éxito en la vida
- 54** Una filósofa para el siglo XXI
- 58** Un camino hacia la interioridad: moral, filosofía y espiritualidad



Homenaje durante un encuentro con los socios de Nueva Acrópolis en Moscú, Rusia, en 2004.

Homenaje a una gran mujer

Aquí está el homenaje prometido a nuestra querida Delia Steinberg Guzmán, después de su partida, que tuvo lugar el pasado 15 de agosto. Hay que reconocer que nuestros colaboradores han conseguido una «sinfonía» de semblanzas, recuerdos de experiencias vividas con ella, en un conjunto armonizado por el reconocimiento y la gratitud.

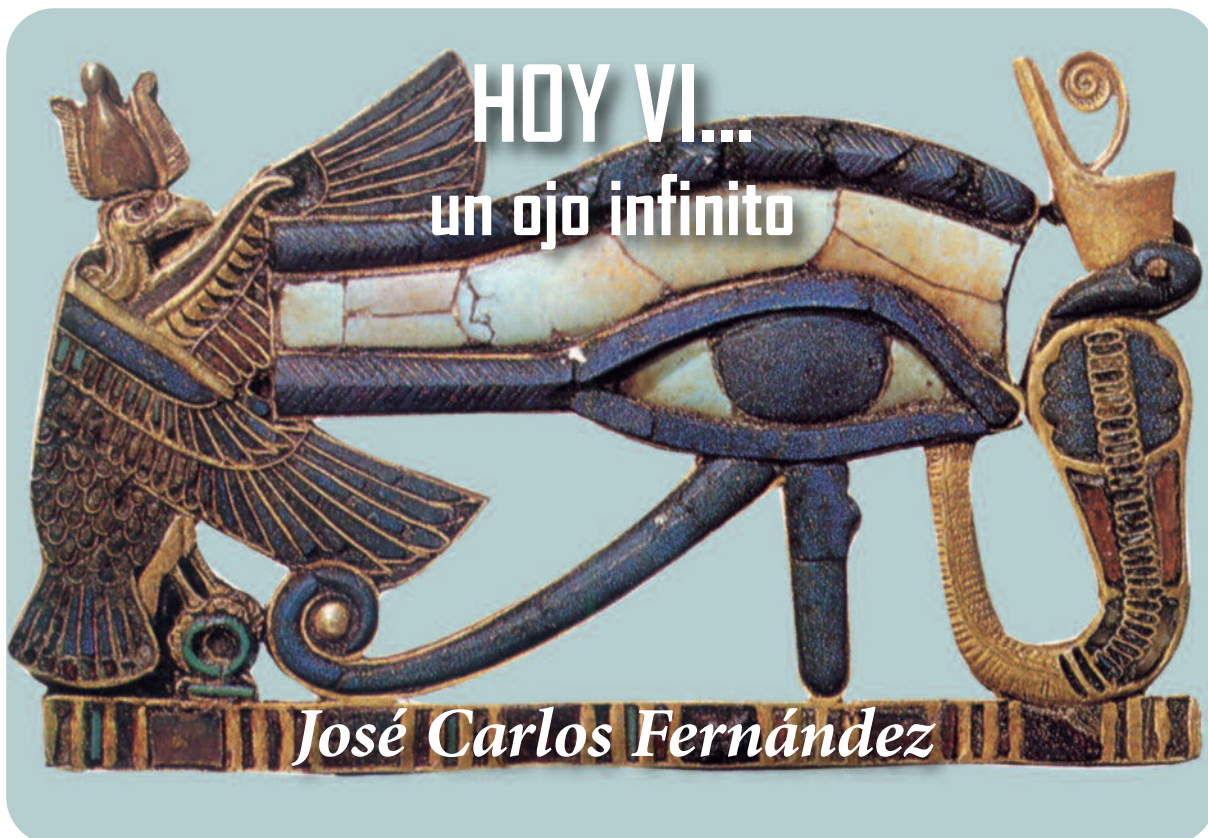
Quienes hemos tenido la fortuna de conocerla y tratarla de manera cercana en muy diversas oportunidades, hemos querido dar testimonio de que no fue un sueño: existen seres especiales, que abren caminos insospechados; por cierto, los más difíciles de trazar, porque son los que conducen a nuestras almas a lo más elevado, a lo mejor de nosotros mismos.

No es extraño que muchas personas, de todo tipo y condición, de los miles de miembros de la Organización Internacional Nueva Acrópolis, que ha dirigido con enorme dignidad y sabiduría, la consideren una maestra de vida, pues han reconocido en Delia Steinberg el parecido que la hermana con los grandes seres, que dejaron huellas imperecederas para el bien de la humanidad.

Este número de homenaje no es más que un humilde acto de amor y de justicia, en la revista que ella misma inició, porque queremos dejar constancia de su rica personalidad, su firme bondad, su inteligencia para captar las más elevadas cimas de la música, la filosofía y también las matemáticas.

Se ha ido una gran mujer, pero las grandes almas siguen a nuestro lado.

El Equipo de Esfinge



El autor nos hace notar la mirada profunda que palpita en todos los artículos recogidos en el libro de Delia Steinberg Hoy vi.... Gracias a esa mirada, los lectores que se acerquen a sus líneas podrán compartir sus reflexiones, que nos llevan más allá del objeto en cuestión o la situación examinada y nos incitan a querer aprender esa forma de observar.

«Buscaré ojos jóvenes, inquietos y tiernos, ojos de soledad inevitable, ojos con ansiedad de cielo y de preguntas eternas que solo se satisfacen en el fondo del alma humana, aquella que hoy duerme en espera de tiempos mejores» (*Hoy vi... un niño II*).

«Allí es donde se produce la comunión: brilla la estrella del destino, brillan los ojos que la ven, y surge un mágico compromiso. Mientras dure la estrella durará el juramento; mientras haya luz, habrá fuerza; mientras ella palpita en el cielo, habrá vida en el corazón; mientras ella recorra los senderos siderales, nosotros trazaremos surcos en la tierra» (*Hoy vi... una estrella*).

«¿Quieres tú también ver la esperanza? Asómate a mi gran ojo, al ojo que corona estas páginas, y también la verás detrás del momento actual que hoy nubla nuestro entendimiento. La verás envuelta en velos de ilusión, tenue como los sueños, pero tan real como el entusiasmo que, estoy segura, vive en tu corazón» (*Hoy vi... la esperanza*).

«... pero tú, lector, puedes coger el pájaro de fuego que es el ojo que encabeza estas páginas, y vuela con él, mira el mundo desde arriba» (*Hoy vi... el mundo desde arriba*).

Hoy vi...

Hoy vi... es el nombre de toda una serie de artículos escritos por la profesora Delia Steinberg Guzmán (1943-2023) en la revista *Nueva Acrópolis* desde 1975 y durante siete años. Varios años después fueron editados en forma de libro con ese mismo título. En los artículos de la revista aparecían siempre a continuación de un dibujo de un ojo de Horus, que es al que se refiere como símbolo cuando decía antes «asómate a mi gran ojo», o «puedes coger el pájaro de fuego que es el ojo que encabeza estas páginas».

La escritora de esta obra siempre insistió en la diferencia entre ver, un acto fisiológico, y mirar, la acción de la conciencia. Mirar es siempre desde el infinito que vive en el interior hacia el infinito que vive en aquello que queremos entender, y su forma, belleza y significado es solo una ventana o una puerta que nos permite adentrarnos en su alma desconocida.

En ese sentido, el ojo humano (o en definitiva, cualquiera de los sentidos, o su acción conjunta), gobernado por la conciencia que penetra en lo sutil, es la forma en que la naturaleza se ve a sí misma, pues el ser humano, y sus sentidos, y su mente, y el sujeto que hay detrás, son siempre, y también, naturaleza. El ser humano es el círculo-conciencia en acción, como una cruz llameante giratoria con la que la naturaleza se conoce a sí misma y expresa su misterio más elevado; al menos, aquí, en este planeta Tierra.

Después de mirar con ese ojo, que es la gran conciencia —de una luz irradiante de belleza y amor— de la profesora Guzmán, ella va desgranando en las líneas de una prosa que más parecen versos, sus vivencias filosóficas en esa mirada sobre diversos elementos. Miradas en la intimidad de su morada, o en un museo (toda la serie de las musas, que deben de ser del Museo del Prado), en la calle, en su memoria, o en un hecho estético (en su pasión por la música y la danza), o ante la naturaleza (el caer de una hoja, la llegada de la primavera, el temblor de la tierra, etc.).

Delia Steinberg en la sede de Nueva Acrópolis en Madrid en 1981, situada en Gran Vía 22.



Es de particular interés cómo proyecta la mirada de su alma para entender qué es un ideal como Nueva Acrópolis (organización y movimiento filosófico al que durante la vida del fundador de la misma, y después durante otros treinta y dos años, o sea, prácticamente su vida entera hasta los ochenta años, se entregó totalmente), o cómo será el hombre nuevo, el arquetipo de humanidad que nos espera desde el futuro próximo.

**«Brilla la estrella del destino, brillan los ojos que la ven,
y surge un mágico compromiso. Mientras dure la estrella
durará el juramento; mientras haya luz, habrá fuerza;
mientras ella palpita en el cielo, habrá vida en el corazón;
mientras ella recorra los senderos siderales, nosotros
trazaremos surcos en la tierra» (Hoy vi... una estrella).**

El hombre nuevo, que «practica el *conócete a ti mismo*, y esta llave le ha permitido abrir las puertas de la naturaleza a través de la ley de analogía». En él, dice que «maravilla su exquisita sensibilidad», «ha unido el *ethos* y el *esthetos* de los griegos: cuanto más bueno, más bello; hace culto a la belleza y hace culto a la moral; el brillo de la virtud es brillo en su mirada, es fulgor en sus gestos, es soberanía en su actitud toda. Reconoce el ámbito que abarca su corazón, y ama sin límites, desinteresadamente (...). El egoísmo es planta erradicada de su jardín interior».

Y el ideal llamado Nueva Acrópolis, cuyas dos herramientas «indispensables para lograr un equilibrio, son mística y acción». Y «entenderemos por mística algo que bien definieron los griegos cuando hablaban de entusiasmo: *Dios en el hombre*. Mística es la capacidad de sentir profundamente la raíz divina que late en el hombre. Mística es la capacidad de responder antes bien a esa raíz que al llamado simplemente animal de la materia. Mística es la capacidad de volar, soñar, crear, idear, amar y sufrir en aras del espíritu».

Claridad de pensamiento

Es fácil ver cómo, a lo largo de su vida, en los escritos de esta filósofa y música, el pensamiento se va desnudando hasta quedar las líneas esenciales, el trazo simple y seguro con el que diseñar en imágenes mentales lo que exactamente quería decir. Como sus escritos iban dirigidos por veces a miles de sus discípulos en más de quince lenguas, en la medida que profundizaba en sus ideas más y más, en el transcurrir de los años, el lenguaje se hacía cada vez más simple, para que todos pudieran entenderlo y no se perdiera en la traducción ningún concepto importante. Un proceso de desnudar el alma de la idea semejante al que vemos en los cuadros del Greco, por ejemplo, en la pintura de Turner o en los últimos cuartetos de Beethoven. La exuberancia cede ante la faz desnuda y la mirada ardiente. Sin embargo, los escritos de *Hoy vi...*, cuyas ideas brotan a borbotones de un corazón joven, no se cuidan en esto. Usa la palabra necesaria, bella, precisa, de un registro idiomático amplísimo, pinta las imágenes mentales con la

profusión de color y dinamismo de un Tiziano o un Tintoretto, las palabras y las ideas se suceden en música de arpegios, de alma a alma, pero con todo el entusiasmo y aun el frenesí de una danza y un vuelo que quieren llegar al corazón de lo Real, sin concesiones al lector perezoso. ¡Vayamos juntos hacia el alma de la belleza, pero has de esforzarte! Pitágoras lo dijo: hay un misterioso vínculo entre lo difícil y lo verdadero.

Y esta mirada penetrante desnuda también las lacras que enferman a la humanidad y le impiden abrir, como un loto, su verdadera naturaleza. Describe al que se entrega a elevar castillos de naipes que caerán sobre las esperanzas de todos, describe las fantasías del alucinado con sus propias ilusiones falsas, al esclavo de la adicción por carencia de sueños y vida interior, al ambicioso que quema sus años en lo que el tiempo y la verdad devorará, a la mujer que busca una seguridad histriónica en lo que no es propio de ella, «al hombre viejo que camina por su mundo de cadáveres sin descubrir que su época ha terminado, y que para volver a nacer tendrá que abrir nuevamente sus ojos, no ya los del cuerpo, sino los de su dormido ser interior», o el absurdo de una mentira que no cesa, de una vida que a nadie ni a nada sirven, o de unas opiniones tan plomizas que nos asfixian, etc.

Aunque también su alma se exalta en el vuelo de los ideales y las huellas de su paso en la historia, y nos habla de «castillos que lloran la ausencia de sus viejos amos», de espadas que son encarnaciones de la voluntad del caballero que las porta y que no luchan solo contra criaturas de este mundo, sino también contra «fantasmas, genios nocturnos y malignos, sombras e ideas nefastas».

Durante una de las clases de cosmogénesis que impartía habitualmente en Madrid (2016).



Nos habla de caminos que son tan verticales como las propias almas, y que al conjugarse con los horizontales, forman las espirales en que todo avanza evolutivamente. De un río, tan, tan bello que quiere guardarlo en su corazón para con él navegar y llegar a las costas que sueña. De una estrella, la del destino, la del juramento, que cuando le llegue su hora, «cuando su luz se esconda tras el manto del silencio, nuestros ojos, acostumbrados a seguirla, se cerrarán simultáneamente para buscarla por mundos insondables, y para regresar en pos de nuevos ideales con su inalterable guía».

La escritora de esta obra siempre insistió en la diferencia entre ver, un acto fisiológico, y mirar, la acción de la conciencia. Mirar es siempre desde el infinito que vive en el interior hacia el infinito que vive en aquello que queremos entender.

Las fotografías que hace su alma en el *Hoy vi...*, además viven, discursan, se estremecen, se abren como flores al universo, en un bello jardín encantado que nos convida a adentrarnos en él, más y más.

Sí, hoy vi... un ojo infinito y es el alma de esta autora, quien ha sido además mi guía en las sendas de la filosofía por más de cuarenta años. Y no me parece solo hoy un ojo infinito al leer sus páginas del *Hoy vi...*, libro que, como un diamante, ha convertido en cristal la luz de las estrellas, sus sagradas intuiciones; pues este libro es solo una página del libro de su vida, en el que brilla el ojo infinito de lo que fue enseñanza y ejemplo, un libro de miles y miles de páginas, que el tiempo y la historia irán poco a poco leyendo.

Homenaje recibido en Rusia en 2002 con motivo de una lección magistral de filosofía.



LOS JUEGOS DE MAYA

una obra de necesaria lectura

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert

La vida no es ningún juego... ¿o sí? Tal vez la contestación depende de la posición que tomemos al preguntar. En cualquier caso, el autor nos acerca a una obra que puede contener algunas respuestas.

En este homenaje que estamos realizando a la profesora Delia Steinberg Guzmán, me he propuesto una relectura de sus obras y, entre su nutrido conjunto de escritos, he seleccionado la que para mí representa una de sus mejores y más sólidas reflexiones sobre el enigma de la vida.

Se trata de *Los juegos de Maya*, escrita por nuestra autora. En ella nos encontramos ante un trabajo de reflexión, de profundo calado filosófico, que nos adentra en los vericuetos de la vida que, con sus claroscuros, nos demuestra la fragilidad de la materia y la solidez del pensamiento en la búsqueda de la verdad.

Cuando en Oriente utilizan el término sánscrito *maya*, están haciendo referencia al concepto que encierra lo ilusorio del mundo objetivo, en el que todo tiene principio y final, pues como apunta el profesor Livraga en el prólogo, al ser humano «la observación detallada de su ámbito le demuestra lo pasajero de las cosas».

Se impulsa en esta obra, como en una especie de cuaderno de bitácora, a aprender a navegar en el juego de la vida, que es también el juego de Maya, o sea, el juego de las ilusiones que se van reflejando con innumerables colores y formas en el caleidoscopio de la existencia; pues, como señala la profesora Dolores Fígares en el prólogo a la segunda edición, «todos los matices se contemplan (en esta obra) y en todos descubrimos la posibilidad de jugar».

Como nos indica la autora de este singular libro, la ilusión «es el velo con el que la naturaleza cubre todas las cosas para que los humanos no podamos descubrir fácilmente sus ocultas leyes». De ahí el reto que tenemos para aprender a retirar los velos de Maya y descubrir las esencias del devenir humano. En efecto, una de las claves que encierra Maya, los juegos de la ilusión, es que se basan en cosas ciertas, pero no duraderas y los seres humanos nos empeñamos en llevar a cabo el ejercicio de vivir, con el fin de probar hasta qué punto podemos ganar la partida. Aunque quizás, lo importante no sea el resultado sino el juego en sí mismo, pues como se apunta en el libro, jugar con la vida es ejercitarnos en conocer la vida, dado que «el conocimiento quita maldad y fealdad a las cosas. Con el conocimiento, los juegos de Maya son la sal de la vida».

Nos encontramos ante un trabajo de reflexión, de profundo calado filosófico, que nos adentra en los vericuetos de la vida que, con sus claroscuros, nos demuestra la fragilidad de la materia y la solidez del pensamiento en la búsqueda de la verdad.

La vida es un escenario en el que todos somos actores y estamos representando una tragicomedia en la que a veces gozamos y otras sufrimos, y Delia Steinberg medita indicando que «probablemente, en algún momento, nuestra alma se desprendió de algo mucho mayor que la contenía» y lo hizo en busca de nuevas experiencias, pero nos recuerda que «alguna vez, así como partimos, también podemos volver» y reencontrarnos con la parte más sublime de la que se desgajó. Pues, como decía Platón, el ser humano está formado «de lo uno y de lo otro», siendo lo uno la parte indivisa que subyace en el interior, y lo otro es la máscara, la personalidad, que sale al mundo a jugar con sus formas.

La autora nos propone una disyuntiva y un reto: vivir y morir a ciegas, jugando con Maya... o vivir y morir conociendo las reglas del juego... que no es otra cosa que una cuestión de evolución. Para ello, en distintos capítulos nos propone que profundicemos en el conocimiento de las piedras, de los vegetales, de los animales y de los seres humanos y nos indica que, estos últimos son «tal vez las criaturas más atrapadas por los juegos de Maya». Nos advierte que existe una larga lista de trampas en las que pueden caer los humanos, que pueden ser muy peligrosas, como «cuando los sentidos y la mente hacen confusa la visión». De ahí la necesidad de mirar «hacia dentro» con el fin de no distraernos.

Nos habla también de los cuatro elementos y del movimiento, y, al reflexionar sobre el trabajo como una de las fórmulas del movimiento, se pregunta: «¿acaso no trabaja Maya cuando juega?». Y así, inmersos en las atracciones de los juegos de Maya, el destino se nos presenta como una forma de azar, una suerte de ruleta o lotería, donde la casualidad es la que impone una mayor o menor dicha a los seres humanos. A tal efecto, nos aconseja no pensar que lo que nos ocurre es el resultado de la casualidad, sino de nuestros propios actos, y «pensar que el destino no es un amo cruel que otorga pocas oportunidades, sino al contrario, existen miles de oportunidades para cumplir con el propio destino, para reparar nuestros errores, purgándolos con el dolor aleccionador y con las experiencias acumuladas».

Con el fin de caminar con seguridad ante el juego de la vida, nos habla del tiempo como una forma de energía que, junto con el espacio, ponen a nuestro servicio para aprender a trabajar con las ilusiones, porque «el Espacio es la dimensión que sirve para los cuerpos y el Tiempo rige para las almas».

En definitiva, para nuestra autora, Maya es un espejo, como de hecho lo es la ilusión que refleja nuestra imagen sobre el cristal, y, por tanto, estos reflejos no son verdaderos, pues solo lo parecen, «dado que repiten aquellas cosas que sí lo son» y de este modo nos brinda una clave existencial cuando nos dice que «de los reflejos invertidos del espejo puede deducirse la verdad».

La evolución no es otra cosa que la fuerza que tanto la voluntad como el espíritu han imbricado en las sombras materiales, «para que alguna vez ellas logren zafarse de la red de Maya y pasar al otro lado del espejo».

En un momento del libro nos apunta que, en este teatro del mundo, «cuando se corra el telón, cuando se apaguen las luces, habrá cesado esta forma de representación y se abrirán las puertas de un nuevo misterio. No estoy segura de que Maya no se encuentre también allí, entre las sombras de los cortinados, esperándonos con nuevos juguetes para vivir en ese otro nuevo mundo».

Con estas palabras finales, recordamos a la profesora Delia Steinberg Guzmán, quien, a lo largo de sus distintas obras, tanto literarias como vitales, ha sabido marcar los hitos sobre los que podemos apoyar y orientar nuestra marcha en la vida y aprender a reencontrarnos con nosotros mismos.

Firma de Hoy vi... en la Feria del Libro de Madrid, en 1992.



DELIA STEINBERG y su relación vital con la música

Memorias, anécdotas y reflexiones del
Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg



Michael Davidov

Son numerosos los jóvenes pianistas que han participado en el Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg, que se viene celebrando ininterrumpidamente desde hace más de cuarenta años. Son muchas las experiencias recogidas por todas las personas que lo hacen posible. En esta ocasión, podemos conocer de primera mano lo que significó para uno de los ganadores el haber participado en una de sus ediciones.

Mi primer encuentro en persona con Delia Steinberg se produjo en 2014, durante la ceremonia de entrega de los premios de su concurso internacional en Madrid. Para mí, era la primera vez que ganaba un primer premio en un concurso internacional, y recuerdo de forma muy vívida ese momento en el que ella me dio la placa y el diploma. Me dio un abrazo, sorprendentemente fuerte para alguien de su edad y complexión, y me dijo: «Hemos estado contigo desde el principio del concurso. Desde la primera prueba». No sé exactamente qué quiso decir con esa frase, pero intuía que mis interpretaciones, algo extravagantes para los jurados de concursos, causaron un debate interno a la hora de tomar las decisiones del jurado de aquella edición. Pero supe que ella se instaló en la parte del jurado que se sentía próxima a mi forma de expresarme a través la música, y por ello la recuerdo con ese brillo de satisfacción en los ojos durante esa ceremonia.

Era un certamen realmente difícil, por la exigencia del repertorio, el nivel y la cantidad de participantes y por tener que superar hasta cuatro pruebas en cuatro días. Muchos detalles de aquel concurso se han grabado en mi memoria. Recuerdo, por ejemplo, que mientras todo el vestíbulo de la sede del concurso estaba abarrotado de concursantes, esperando los resultados tras la primera prueba (éramos unos setenta participantes ese año), yo traté de ubicarme en un rincón a resguardo del jaleo generalizado. Justo

delante de mí estaban sentados dos chicos muy jóvenes, de unos dieciocho o diecinueve años, hojeando el librito de información y presentación del concurso. Miraban las fotos de los otros concursantes, comentaban los programas, etc. Sin saber que yo estaba justo detrás de ellos, abrieron la página en la que figuraban mis datos, mi edad, el programa, la nacionalidad... Señalando mi edad (yo les superaba en casi diez años) exclamaron en inglés, riendo desatadamente: «¡última oportunidad!». En esa época el límite de edad era de veintiocho años para participar, justo la edad que tenía yo. Todos estábamos con los nervios al máximo, pendientes de esa deliberación del jurado... Entonces salió el secretario del jurado con un papel impreso en la mano y empezó a anunciar los nombres de los que habían pasado a la siguiente prueba. Fugazmente, vi a Delia deslizarse entre los participantes, casi invisible, y subir las escaleras al piso de arriba.

Un cambio de suerte

Otro momento memorable fue cuando me acerqué a hablar con los miembros del jurado tras la entrega de premios. Se organizó un gran banquete, como cada año (según descubrí posteriormente), con comida, bebidas, *snacks* y dulces, preparados tanto para los participantes como para los jurados. Recuerdo que me acerqué al presidente del jurado, Rafael Solís; a su lado, estaba sentada María Luisa Villalba, también miembro del jurado. Les pregunté por su opinión sobre mi interpretación y me hablaron con mucha amabilidad y gran respeto. Delia estaba en la misma sala, caminando entre concursantes, las personas de la organización, invitados... Parecía que estaba en todas partes pero de una forma muy discreta, siempre hablando con una sonrisa en la cara. No tuve oportunidad de hablar con ella de forma reposada en esa celebración, pero los pocos minutos en los que conversamos, me transmitió una energía, una luminosidad, una bondad y una pasión por la música absolutamente únicos.

Edición 33 del Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg, en 2014, en la que Michael Davidov obtuvo el primer premio.



Tras este evento, ese mismo año gané numerosos premios en otros concursos internacionales. Me da la impresión que, de alguna forma misteriosa y a partir de mi participación en Madrid, mi suerte se invirtió por completo. De no superar las primeras pruebas, pasé a acumular premios y galardones. Cada mes participaba en un concurso (a veces incluso en dos seguidos) y siempre me llevaba un premio a casa. Mis éxitos llegaron a convertirse en una especie de anécdota en la Universidad Mozarteum de Salzburgo, donde yo estudiaba en aquella época. Cada semana, al entrar en clase, mi profesor me preguntaba: «Y bien, ¿qué premio traes esta vez?». Me inclino a pensar que, tras la increíble experiencia en Madrid, tras recibir un trato tan amable y cargado de tantos ánimos y positividad, mis actuaciones cobraron ese extra de confianza, fuerza y entrega indispensables en una carrera de músico concursante.

**Delia estaba en la misma sala, caminando entre concursantes,
las personas de la organización, invitados...**

**Parecía que estaba en todas partes pero de una forma muy
discreta, siempre hablando con una sonrisa en la cara.**

Miembro del jurado

Un año más tarde y de una forma muy inesperada, recibí un correo electrónico de la administración del Concurso D. Steinberg. En ese correo, Florencia, la secretaria del concurso, me transmitía la voluntad de Delia y de la administración de que yo pasara a formar parte del jurado del mismo. En esa época, yo contaba con apenas veintinueve años y, a pesar de tener ya mucha experiencia escénica, habiendo estudiado en varios países y siendo ya profesor del Conservatorio Superior del Liceo de Barcelona, aún no tenía prácticamente ninguna experiencia como miembro de jurado en un concurso internacional. Fue una propuesta que me sorprendió muy gratamente, ya que guardaba con gran cariño el recuerdo de mi paso por el certamen y las conversaciones con las personas que trabajaban allí. Acepté sin pensármelo y con una fuerte voluntad de ofrecer lo mejor de mí.

En abril de 2016 llegué a Madrid como jurado y, desde la misma llegada, me encontré con personas de la organización que me recogieron en la estación de tren. Y desde ese mismo momento, sentí un afecto y un cariño muy especiales.

Por la noche, me encontré con Delia y, finalmente, pudimos hablar largo y tendido sobre diversos aspectos del concurso. Tras comentar todos los temas relevantes sobre el desarrollo del evento y sobre nuestra labor como jurado, nuestra conversación empezó a girar alrededor de otros temas: la música en general, Clara Schumann y Clara Haskil (las dos Claras a las que Delia estimaba infinitamente), Michelangeli y Pogorelich, el arte, la educación musical actual, la forma de ver y organizar eventos como ese, la filosofía griega, la historia, la arqueología... Descubrí que hacia muchos de estos temas, su visión y sus gustos me resultaban muy afines. Conversando, me permitía entrever algunos trazos de su forma de pensar, su manera de ver el mundo que nos rodea. Todo

lo que contaba y la manera en la que lo contaba tenía un toque tan personal, profundo, sincero, sabio... Recuerdo que ese encuentro, esa larga cena, me causó una impresión muy intensa. Percibí la fuerza, el espíritu indestructible que había en su personalidad y que se traslucía en todos sus actos, en su enseñanza, en su filosofía de la vida, en su criterio musical, en su trato con otras personas. Nunca me había encontrado con alguien como Delia. Alguien cuyo ser fuera tan... «uniforme». Tan profundamente organizado y regido por sus pensamientos, sentimientos, creencias. Tratar con una persona así me resultó en extremo atractivo, e intenté absorber todo el conocimiento que Delia vertía, muchas veces sin darse cuenta de ello siquiera, en nuestras conversaciones, nuestros debates y en las deliberaciones del jurado.

Cuando hablaba, sobre todo cuando iba a decir algo importante, siempre sonreía. Un consejo o alguna opinión de peso, iban siempre acompañados de una sonrisa cautivadora que le salía de forma natural. Probablemente le salía esa sonrisa por el aprecio, el afecto y el respeto, por la bondad de querer compartir algo que ella consideraba de importancia y de provecho para su interlocutor. En esos momentos, los que la escuchaban y las personas que estaban cerca por casualidad, la miraban con atención, ávidos de saber qué iba a decir, qué era lo que compartiría con nosotros, qué era lo que aprenderíamos de esa frase, a través de ese comentario. Incluso cuando eran frases pronunciadas en un contexto distendido o en una situación mundana, había en ellas siempre un aura de conocimiento sin igual, una lectura brillante del alma humana.

Michael Davidov en 2017, como parte del jurado en el Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg.





Posando para la foto oficial del concurso en 2003.

Ella sabía cómo y cuándo dar su opinión o manifestar una idea. Lo hacía de forma aparentemente instintiva, natural, con una lógica tan bella y concisa que cualquier argumento en contra de esa idea quedaba completamente desarmado. Es como si supiera poner los pensamientos de sus interlocutores en orden para que ellos mismos se dieran cuenta de cuál es la verdad, qué es lo correcto, qué es lo real y, en contraposición, cuál es el camino del pensamiento menos adecuado, dónde radica la ilógica, lo banal... Una vez te hacía ver ese panorama de tu propio cerebro en funcionamiento, te dabas cuenta de cómo tenías que actuar o pensar. De hecho, Delia misma insistía en infinidad de ocasiones en que no hay una sola forma correcta de expresarse, de pensar, de impartir clase, de manifestar emociones, de interpretar la música, y que cada uno de nosotros teníamos que encontrar nuestra verdad, ya fuera en el criterio musical o en la vida y en nuestras acciones.

Tras ese primer año siendo jurado, volví a Barcelona y a mi rutina, mis clases, mis conciertos... pero notaba que iba como alimentado por un brillo nuevo. Una inspiración. Esos pocos días compartidos con Delia y con todas las personas implicadas en el concurso me habían nutrido como músico, pero sobre todo como persona. Y con enorme alegría recibí la invitación para volver el año siguiente. De este modo, mi relación con Delia fue solidificándose, nos conocíamos cada vez más. También tuve el grandísimo honor de contar con ella como jurado en mi propio concurso en Marbella en uno de los años.

Se fueron sucediendo los años, los concursos... En las reuniones, en las comidas, en las deliberaciones, todos miraban a Delia y querían aprender, crecer, ser mejores. Ella explicaba detalles sobre su vida, sus comienzos en el aprendizaje del piano, el momento en el que emigró a España desde Argentina llevando una pequeña maleta... Contaba

anécdotas e historias de su pasado, su rutina del día a día, sus viajes, sus horas al ordenador, su pequeño paraíso en Mallorca. Muy detalladamente relataba cómo entraba en el agua en su casita en Mallorca. «Tengo una salida al mar justo en la puerta de casa», decía. «Para meterse en el agua son todo rocas... pero yo ya tengo aprendido cuáles puedo pisar y cuáles no y cómo tengo que poner el pie». Y con un gesto casi de *ballet*, demostraba cómo entraba en el agua con cuidado y cómo realizaba la primera brazada. Sonreía.

Alguien especial

También sobre su dedicación al *ballet* tenía muchas historias y, a veces, llevada por la emoción, realizaba algún movimiento. Decía que aún practicaba un poco, a modo de ejercicio.

Durante el concurso, mientras todos tomábamos café, ella tenía una botella verde, en la que (creo que) había una poción mágica. Era una infusión de mezcla de hierbas, que empezaba a tomar por la mañana y le duraba hasta aproximadamente el mediodía.

Una de las aficiones de Delia que más me fascinaron fue su pasión por la arqueología. Una tarde, después de las deliberaciones y la cena, nos llevó a su pequeño museo dedicado a la colección, restauración y reparación de piezas arqueológicas. Eran dos habitaciones amplias, organizadas con expositores, mesillas, estanterías, etc. De todas partes asomaban esculturas, vajilla, cerámica de todo tipo, telas, figuras, imágenes e incluso un par de anclas gigantes e inamovibles. También había una mesilla de restauración y reparación, con los correspondientes instrumentos. Ese rato en su museo era de un gran disfrute para mí, descubrir esos objetos increíbles, escuchar cómo Delia contaba la historia de cada pieza, de cómo y dónde se consiguió, su antigüedad, su uso, cómo mostraba y reflexionaba sobre su belleza...

Percibí la fuerza, el espíritu indestructible que había en su personalidad y que se traslucía en todos sus actos, en su enseñanza, en su filosofía de la vida, en su criterio musical, en su trato con otras personas.

Considero que la inversión en la cultura, en el desarrollo del pensamiento, en la música, en la cultivación de mentes y corazones que ha realizado Delia a lo largo de su vida es de un valor incalculable. Sus libros, su liderazgo en Nueva Acrópolis, sus creaciones como el Concurso Internacional de Piano, y sobre todo, su influencia en la vida de tantas personas son ejemplos de cómo era su ser, su personalidad, su generosidad, su amor, su pensamiento... Su recuerdo quedará muy vivo en mí. Una de las últimas cosas que me dijo, tras ir a comer juntos con Antonio (Toni) Alzina, me emociona y me llena de una verdadera y profunda felicidad: «Para nosotros, eres familia. Lo sabes». Y me miró con sus ojos fuertes. «Lo sé, Delia. Gracias. Vosotros también lo sois para mí», le respondí. Nos despedimos con un fuerte abrazo y una amplia sonrisa.

Gracias, Delia. Llevo tu amor conmigo, siempre.

El camino del héroe HACIA LA VICTORIA

Laura Winckler

La filósofa y humanista Delia Steinberg Guzmán ha escrito libros accesibles e inspiradores sobre temas filosóficos que nos invitan a abandonar una visión intelectual de la filosofía para transformarla en una práctica cotidiana.

Uno de sus temas esenciales es el camino del héroe que conduce a la victoria sobre uno mismo. Tomaremos algunas ideas clave de su último libro, Camino a la victoria, bajo cuatro apartados: héroe, miedo, valor y victoria.

El héroe

El héroe es, en los mitos, hijo de un dios y un mortal, llevando dentro de sí una parte de inmortalidad y de temporalidad. Platón cita una antigua referencia que establece un vínculo entre el héroe y el *eros*, explicando que es hijo del amor. El amor de un inmortal por un ser mortal aporta cualidades trascendentes, como la intuición y la inspiración. El amor de un mortal por un inmortal permite inspirarse e imitar el modelo celestial. En todo caso, este hijo del cielo y de la tierra inicia un viaje que, poco a poco, le permitirá desprenderse de sus fundamentos terrenales para lograr un ascenso a su naturaleza celestial. Esto propicia el desarrollo de su potencial evolutivo para sacar a relucir sus más altas virtudes y cualidades, que lo convertirán en un ser humano realizado que trabaja al servicio de la humanidad.

El heroísmo consiste en asumir el hecho de tener un destino, de avanzar en el camino de la vida sabiendo lo que se espera de nosotros, individualmente y como miembros de la familia humana; es ser capaces de hacer un esfuerzo de voluntad, amor e inteligencia al servicio de la humanidad.

El viaje del héroe se realizará por dentro y por fuera. Emergiendo victorioso de la lucha con sus miedos y dudas, será capaz de superar las pruebas encontradas en el camino, volviéndose dueño de sí mismo. El héroe aprende a superar la muerte a través de la memoria y actúa sobre los tres espacios de tiempo: a corto, a medio y a largo plazo. La vida es una lucha permanente que fortalece, y así permite desarrollar la confianza en uno mismo, conquistando una conciencia despierta.

El héroe posee la eterna juventud, la Afrodita de oro de los griegos, porque siempre guarda en su corazón el entusiasmo, la capacidad de avanzar y asumir nuevos desafíos cada vez y de abrir las puertas del futuro. Lleva en su corazón el misterio de la eterna primavera, la confianza en un amanecer regenerador de la naturaleza, la historia y la vida.

Está solo, porque debe asumir en la soledad sus decisiones y el peso de las pruebas, pero tiene compañeros que, como él, están en la búsqueda. Conoce el significado de la amistad y la solidaridad con sus amigos y con toda la humanidad, por la que trabaja, y sabe poner sus fuerzas a disposición de la viuda y del huérfano...

Experimentará caídas, porque en él coexisten la grandeza divina y la debilidad humana. Pero lo principal es que asume las caídas y aparentes contratiempos como oportunidades para integrar las enseñanzas recibidas y evitar cualquier forma de *hybris* (arrogancia) que le hiciera perder su naturaleza de héroe.

Las pruebas del héroe lo confrontan con los monstruos del mal acechando en sí mismo, sus defectos más ocultos que no quería ver pero que, sin embargo, llevan dentro de sí el germen de su fuerza. Cada vicio es una virtud distorsionada de su justa medida. Y las fuerzas del bien son las que se despiertan en él cuando transforma una parte de la ignorancia en conocimiento, y por lo tanto, en renacimiento.

Durante la realización de los cursos de verano anuales, en España.



Miedos

El miedo es una emoción, y por lo tanto, una manifestación de nuestro ánimo, que nos ayuda a tomar conciencia de los peligros. Como tal, es útil para nuestro equilibrio, pero a menudo su mal uso puede jugaros una mala pasada.

Podemos identificar varios tipos de miedo: miedo al fracaso, miedo a uno mismo y miedo al dolor.

El miedo al fracaso nos lleva a paralizarnos ante la acción. Nos obliga a asumir la responsabilidad de nuestros errores para corregirlos.

El miedo a uno mismo se manifiesta cuando nuestras pasiones se vuelven más fuertes que nuestra razón y perdemos el control de nosotros mismos. Este miedo refleja una falta de voluntad, porque el auriga pierde el control de su carro y sus caballos.

El miedo al dolor puede atraparnos en un estado de debilidad física, psíquica o mental que nos impida avanzar.

Solo la confianza en nosotros mismos y el coraje nos permiten progresar.

Cuando uno se siente paralizado por alguna forma de miedo, la única solución es volver a moverse. Actuar nos permite trabajar con conciencia nuevamente, aceptando que todo movimiento será en forma de espiral, con ascensos y descensos aparentes, como un aliento entre la acción y la asimilación de la experiencia. Hacer el esfuerzo de actuar, de tomar decisiones, de asumir nuestras elecciones, incluso si implican una parte de error para corregir después, nos permite evolucionar, crecer, actuar de acuerdo con nuestros objetivos y principios.

«Contra el miedo, acción. Hay en la acción una vibración que nos permite salir de toda inercia, de toda quietud. Es la acción la que nos levanta, la que nos arranca del fondo de la piedra, la que nos arranca de esas raíces hundidas en la tierra cuando somos

Una de las clases de prácticas de psicología que impartía habitualmente durante los cursos de verano (2008).



árboles. Es la acción la que pone alas en nuestros sentimientos, la que pone luz en nuestras ideas.

No es tan solo la acción de los pies que caminan; es sobre todo la acción de nuestros corazones que sienten y que saben lo que deben hacer; es la acción de nuestras mentes, que entienden cuáles son las ideas que nos mueven; es la acción del espíritu, que nos obliga al retorno permanente» (p. 57, *Camino a la victoria*).

Las barreras de la acción son la ilusión del condicionamiento de las circunstancias o las personas. Debemos ganar libertad interior y atrevernos a realizar un esfuerzo que vaya más allá de lo físico, psíquico o mental, porque consiste en conectarse con el ser profundo, el verdadero ser superior que trabaja en continuidad con constancia y perseverancia.

Cuidado con la negligencia, que se alimenta del «olvido», del retraso, de las cosas hechas a medias, de la falta de sentido de la responsabilidad, de la falsa concepción del tiempo. El remedio para la negligencia es la diligencia, una forma de vigilancia, de conciencia atenta como un faro que vela constantemente en la oscuridad de la noche con su luz, que cambia de ángulo pero nunca se apaga.

El heroísmo consiste en asumir el hecho de tener un destino, de avanzar en el camino de la vida sabiendo lo que se espera de nosotros, individualmente y como miembros de la familia humana; es ser capaces de hacer un esfuerzo de voluntad, amor e inteligencia al servicio de la humanidad.

El valor

Estamos viviendo un momento histórico difícil, estamos participando en una batalla entre gigantes: los gigantes del bien, de lo que es, de lo esencial, contra los gigantes del mal, de lo que no es, de lo falso y lo temporal.

«Estamos ahora en un importante gozne de la historia. El mundo entero se quiebra en sus esquinas en miles de bisagras; y cuando el mundo entero cambia tanto, cuando el mundo se mueve tan rápidamente, cuando la historia se vuelve viento, entonces los seres humanos debemos estar atentos y prepararnos. (...)

Estamos ante una gran batalla de gigantes: grandes gigantes negros, grandes gigantes blancos. Los grandes gigantes negros representan todo lo que «no es», todo lo que aparenta ser pero que, sin embargo, quiere ocupar el sitio que no le corresponde en el mundo. Los gigantes blancos representan lo que es, porque siempre ha sido y siempre será. (...)

Tiempos duros estos..., tiempos de prueba, en que vamos a tener que volvernos gigantes blancos, alcanzar la altura de aquellos que siempre han señalado el camino de la verdad.

**Tiempos duros estos..., tiempos de prueba, en que vamos a tener que volvernos gigantes blancos, alcanzar la altura de aquellos que siempre han señalado el camino de la verdad. A los gigantes blancos les corresponde mejorar el mundo y trazar una huella de acciones nobles, y luchar por dejar espacio a los mejores sentimientos, como la fraternidad, la convivencia, el amor. Es tiempo de traer, no razones, sino ideas; y no solo ideas, sino ideales; y no solo ideales, sino voluntades»
(*Camino a la victoria*).**

A los gigantes blancos les corresponde mejorar el mundo y trazar una huella de acciones nobles, y luchar por dejar espacio a los mejores sentimientos, como la fraternidad, la convivencia, el amor. Es tiempo de traer, no razones, sino ideas; y no solo ideas, sino ideales; y no solo ideales, sino voluntades» (*Camino a la victoria*, pp. 71 y 72).

Se necesita fortaleza para conocerse a uno mismo, amar la sabiduría y asumir este tiempo de pruebas, actuar para mejorar el mundo, con acciones nobles y sentimientos superiores, sirviendo a la fraternidad y los ideales nobles.

El coraje es la ira dominada por la inteligencia para superar los peligros. No es ni imprudencia impulsiva ni tímida indiferencia. «El alma de los coléricos está en manos de otros».

Coragere significa actuar con el corazón, estar en concordia.

El corazón es un puente de equilibrio entre los instintos y la inteligencia. Un eje. A través del coraje, uno puede manejar bien el corazón.

Uno puede actuar con el corazón de varias maneras, ya sea con emociones, lo que conduce a la inestabilidad y la pérdida de metas, o bien actuar con prudencia, lo que genera serenidad y un coraje que vence las dudas, pero conduce a un compromiso ponderado, por exceso de celo. La tercera opción es actuar con valor, realizar la acción inteligente y con corazón y sentido de oportunidad, *Kairos*, lo que conduce al gran compromiso y al servicio sin cálculo mezquino.

Los egipcios evocaron esta acción con el corazón a través de la escena de la psicostasis, el pesaje del alma después de la muerte en la balanza de Maat, la justicia y la verdad. El corazón justo, por lo tanto, valiente, era tan ligero como la pluma y podía avanzar hacia el trono de Osiris.

Con los diferentes planos de la personalidad, construimos un escudo protector que permite una defensa eficaz contra la agresión. Se forma a partir de nuestras energías internas: los mejores pensamientos, sentimientos, energía y acciones. Es la suma de nuestras virtudes y nuestros esfuerzos. Evita que los defectos nos posean. Este escudo forma una «atmósfera» a nuestro alrededor. Es permeable y se alimenta de lo positivo que vivimos.

También hay escudos destructivos, que tienen armas dañinas y están constituidos por el deterioro, la falta de mantenimiento de nuestras cualidades. O por inversión de valores, como la ausencia de motores morales: pasividad o egoísmo.

El héroe construye sus escudos para superar las dificultades y luchar constantemente contra las trampas encontradas en el camino.

Los límites son naturales y peculiares de la condición humana. Las limitaciones, como la ignorancia, la indecisión o el orgullo, reflejan nuestra falta de voluntad. Pueden ser barras de hierro que nos encierran o bandas elásticas que se pueden ensanchar para sobrepasarlas. Nosotros somos los que los creamos, fortalecemos o debilitamos. El guerrero con determinación y perseverancia logra combatir la inercia, la impotencia y la confusión.

El héroe convoca al guerrero interior (el ser superior), que lucha con nobleza. Ganar la batalla significa ganar terreno dentro. Admitir la derrota es rendirse sin luchar.

La victoria

El éxito es un hecho objetivo. La victoria, un estado del alma. El sentimiento de victoria ennoblece el alma, es una alegría íntima. Es una plenitud del ser que nace de la conquista de uno mismo. Es el resultado de un esfuerzo inteligente.

El héroe se convierte en un filósofo victorioso que logra gobernarse a sí mismo.

El fundamento de la victoria se compone de :

Fuerza, la capacidad de usar los recursos internos.

Poder, la seguridad de una confianza basada en la conciencia.

Vigor, una energía que garantiza una acción constante.

Congreso de Filosofía y Voluntariado, 2013.



Determinación, resolver problemas, saber llegar hasta el final.

Valentía, la audacia que hace retroceder el peligro.

Salud en todos los planos de la personalidad.

Velocidad, actuar en armonía con el tiempo y el ritmo correcto de la acción.

Vehemencia, fuego y ardor del corazón en paz con su alma.

Impulso, esfuerzo constante para seguir avanzando.

El héroe despliega una lucha moral, que surge de la suma de sus virtudes. La lucha moral permite conquistar nuestros valores humanos y mantener la serenidad en medio de la tormenta. Se puede crear su espacio interior a través de medios éticos y estéticos. La paz tranquila surge del control de los opuestos.

El héroe está dispuesto a sacrificarse hasta la abnegación para ponerse al servicio de los demás. Hace la ofrenda de sí mismo y gana espacio en su alma.

Los defectos impiden la progresión evolutiva. Pueden ser superados con astucia, esencialmente aprendiendo a enfrentar todas las formas de miedo ya mencionadas.

El gran objetivo para el héroe en cada uno de nosotros es saber cómo responder a la pregunta: ¿qué hacer con nuestra vida?

Una vez que se aclara el objetivo, se trata de recorrer el camino de la vida con nuestras pequeñas victorias diarias.

En resumen : el héroe realiza hazañas, es un conquistador y el verdadero significado de la victoria es estar siempre listo para comenzar de nuevo e ir cada vez más lejos y más alto en el camino hacia las estrellas.

Delia Steinberg fue este «ejemplo diario de esfuerzo y superación, alegría y convicción» (*Camino a la victoria*, págs. 108, 109). Una verdadera heroína de la vida cotidiana.

Durante una clase internacional de filosofía en 2014.





Cordura y AVENTURA

Delia Steinberg Guzmán

Es frecuente considerar la cordura como un exceso de prudencia que no admite ningún tipo de aventura en la vida ni, por consiguiente, ningún riesgo. Este enfoque merece algunas reflexiones.

La vida en sí misma es una aventura.

No lo es en el sentido habitual de sucesos imprevistos e imprevisibles que nos ponen ante situaciones difíciles, tales como afrontar peligros, tomar decisiones de manera apresurada, desconocer el rumbo que tomarán los acontecimientos, dejarse llevar por las circunstancias sin poder intervenir en ellas...

La aventura así concebida, implica riesgos ciertos, tanto para la propia vida como para la de los demás. Expresado en lenguaje actual, esta forma de aventura «libera adrenalina»: un aumento momentáneo de excitación y de alerta que concede una satisfacción relativa e inestable, porque dicha exaltación requiere una repetición cada vez más frecuente en cuanto que genera adicción y no compensa en absoluto la falta o la escasez del sentido de la vida.

La vida es una gran aventura moral y, más aún, espiritual.

Sin embargo, la vida es una gran aventura moral y, más aún, espiritual.

Desde el momento en el que nacemos, emprendemos un camino que nos ha de conducir hacia una meta.

Lo importante de este camino es la meta. Ella nos proporciona dirección y sentido. Sin una meta, vamos a la deriva y nos perdemos demasiadas veces, tantas como para dudar de todo y saltar de una cosa a otra, probando novedades sin saber para qué.

La meta es, precisamente, el motor de la aventura con cordura, porque sabemos adónde queremos llegar, aunque tengamos que variar herramientas y formas de acción.

¿Por qué es una aventura moral? Porque sea cual sea la meta elegida, tiene que participar de lo recto y lo bueno. Nos lanzamos hacia un futuro en el cual se logren concretar nuestros sueños, pero no podemos abandonar nuestra conciencia ética.

¿Por qué es una aventura moral? Porque sea cual sea la meta elegida, tiene que participar de lo recto y lo bueno. Nos lanzamos hacia un futuro en el cual se logren concretar nuestros sueños, pero no podemos abandonar nuestra conciencia ética.

Y es espiritual porque esta aventura nos permite encontrarnos con nuestra esencia humana, recurriendo a la filosofía, cuya aspiración consiste en la dignidad moral, y a la percepción de lo sagrado.

En su aspecto más superficial, la aventura proviene de no conocer la meta, ni el tiempo ni los medios de los que dispondremos para realizar nuestros objetivos... si es que los hay. Muchas veces se recorre el camino vital a ciegas. Otras veces ni siquiera hay conciencia de camino, ni de inicio ni de llegada; solo queda el dejarse llevar por las corrientes de la existencia, a la que se culpa de todo lo malo y casi nunca se le agradece lo bueno.

La aventura positiva nos permite experimentar cada día algo nuevo para conocerse mejor, para tomar las riendas de la propia vida, para dominarse en escenarios complicados, para resolver problemas y abrirse paso en el aparente laberinto que hay que recorrer.

A veces el recorrido se llama vocación, a veces necesidad, a veces casualidad, si es que existen las casualidades y no las causalidades. Sea como sea, siempre hay un sello que señala una dirección aunque no seamos conscientes de ello.

Esta auténtica aventura no provoca adrenalina, pero sí entusiasmo. No hay nada más efectivo que sentirse descubridores y conquistadores de lo que nos pertenece. Es posible que en muchos casos no nos conozcamos a nosotros mismos ni tampoco el potencial que poseemos, pero al menos nos concedemos su descubrimiento y, mejor todavía, su conquista a través del ejercicio cotidiano de nuestras fuerzas latentes.

Consiste en un trabajo permanente, un crecimiento constante, una satisfacción diaria, un encuentro de tesoros ignorados. No nos librá de las dificultades ni de las exigencias

que todo humano soporta de una manera u otra, pero nos dará energías y creatividad para afrontarlos con valor y confianza. Las más duras pruebas tienen una solución; lo importante es encontrarla, y esto es parte de la maravillosa aventura de vivir.

¿El entusiasmo carece de cordura? No. Solamente falta cordura cuando el entusiasmo no pasa de ser un simple estado de arrebató, cuando no se miden las consecuencias ni se valoran las propias posibilidades. Pero el verdadero entusiasmo es un fuego interior que ilumina y desarrolla nuestras percepciones, conocimientos e intuiciones.

Ciertamente, la aventura tiene riesgos, como todo lo que hagamos. Su riesgo está en lanzarse hacia una meta que, por conocida que sea, puede transcurrir por caminos inesperados. Pero hay riesgos cuerdos y otros absurdos. Hay riesgos que asumimos desde el primer momento, y otros que provocamos por imprudencia. Dejaremos de lado estos últimos porque la imprudencia no es aventura sino falta de cordura.

El riesgo saludable es parte de lo que no conocemos pero desvelamos, poniéndolo a prueba con claridad mental, calculando diferentes posibilidades. No siempre lo desconocido es simple ignorancia, sino ansia de sabiduría que se abre a infinitas incógnitas. Conocer nos pone frente al maravilloso riesgo de investigar, comparar, desarrollar un criterio equilibrado.

En el momento presente, en el cual somos testigos de tantas arbitrariedades, hagamos un acopio de cordura para disolver estos desastres y dar paso al brillo de la sabiduría. Hay una atmósfera interior que depende de nosotros, con sus tormentas y sus remansos de tranquilidad; es el fruto de la voluntad de cada uno y la suma de las voluntades de quienes anhelan un mundo mejor.

*«Generalmente, estamos más condicionados en nuestra vida exterior que en la interior.
En nuestro mundo interior somos dueños y señores» (DSG).*



CONCURSO INTERNACIONAL DE PIANO DELIA STEINBERG:

un sueño de ética y estética



Sebastián Pérez

41 ediciones continuadas de un concurso internacional son muchos años dedicados a la promoción de los jóvenes pianistas, y esto ha sido posible gracias al esfuerzo y dedicación de la profesora Delia Steinberg, quien, en el año 1982, junto con el director nacional de Nueva Acrópolis España, Dr. Antonio Alzina, puso en marcha este concurso en Madrid.

Sé que para muchos de los que leen este artículo este concurso es algo lejano, apenas una reseña entre las múltiples noticias que van sucediéndose en cascada. Pero vivirlo es otra cosa...

Cada año, alrededor del mes de julio, una reunión con la profesora señalaba el inicio. Era necesario ajustar las bases y algunos detalles anotados en la anterior edición en algún papel escrito a vuelapluma, que trataban de ofrecer mejoras, iniciativas y correcciones que Delia recordaba con total precisión. Era una de sus cualidades: mejorar siempre las características del concurso para que los jóvenes pudiesen concentrarse en desplegar su talento y musicalidad.

A final del mes de agosto, eran publicadas las bases en la web del concurso y enviadas a la fundación Alink-Argerich, a través de la cual nos promocionamos a los ojos del inmenso mundo pianístico mundial.

Todos aprendimos de la pandemia que podemos combinar la presencialidad y la virtualidad; de manera que desde 2020 (año en el que reinventamos el concurso para no dejar de celebrarlo) se utilizan grabaciones en vídeo para la preselección. Unas semanas después, la profesora Delia, que supo aprender y adaptarse a las nuevas tecnologías como nadie, se reunía con el jurado y este secretario de la organización para determinar quiénes pasaban este primer corte. Eso significaba que, además de sus

muchos trabajos, había visualizado a todos y cada uno de los concursantes inscritos interpretando dos obras de entre quince y treinta minutos de duración según el repertorio. Y en muchos casos, si tenía dudas, me consta que los visualizaba más de una vez.

Su actitud con el jurado merece unas palabras, pues siempre ha tenido una afabilidad y una cortesía extraordinarias con todos los que, a lo largo de los años, han sido miembros del mismo. Su deseo era que, tras su celebración durante varias ediciones, algún ganador destacado pudiese formar parte de esa mesa de valoración. Albert Mamriev o Michael Davidov son prueba de ello. Siempre incluyó la sinceridad en las deliberaciones (a veces difíciles) y la honestidad en las decisiones. Gustaba de señalar que quien mereciera el primer premio lo habría de obtener por sus interpretaciones, sin agregados ni favoritismos. Valoraba extraordinariamente la capacidad de expresar algo, no solo tocar maravillosamente (todos los concursantes poseen un nivel extraordinario). *¿Y qué más?*, preguntaba a veces, en voz baja... *Ya veo que tocas el piano muy bien, pero... ¿qué me quieres transmitir?* Y justo eso, esa interpretación llena de vida era la que inclinaba el voto del jurado, la que marcaba la diferencia, una interpretación correcta que transmitía algo de belleza.

Tras la preselección, la secretaría del concurso comunicaba quiénes accedían a la fase presencial: serían tres intensos días llenos de piano por todos los rincones del Teatro Victoria en Madrid.

Los concursantes, venidos desde todos los rincones del mundo (este año 2023 desde EE.UU., Corea del Sur, China, Japón, Alemania, Italia, Lituania, Croacia, etc.), a veces con nombres muy difíciles de recordar, empezaban a asistir a las salas de ensayo preparadas para ellos.

Con el presidente del concurso, Rafael Solís, y el director de Nueva Acrópolis en España, el Dr. Antonio Alzina.



La primera jornada está repleta de estudios y obras escogidas por los concursantes. Es como decir: este soy yo y voy a mostrar de lo que soy capaz. Ese día se juegan la continuidad, si valió la pena viajar desde tan lejos, si prolongan su participación o si el recorrido finaliza ahí. De los diecinueve que tocaron en la primera jornada de la edición de este último año, solo ocho pasaron a la segunda ronda. Hubo caras de asentimiento, como el que reconoce que no fue su mejor versión, de desilusión o también de alegría, si estuvieron entre los seleccionados.

Su actitud con el jurado merece unas palabras, pues siempre ha tenido una afabilidad y una cortesía extraordinarias con todos los que, a lo largo de los años, han sido miembros del mismo.

En la segunda jornada escuchamos la *Sonata para piano n.º 21 Waldstein* de Beethoven (dos veces); la *Sonata para piano n.º 23 en fa menor, op. 57, Appassionata* de Beethoven (dos veces); la *Sonata para piano en fa mayor, K 332 de W. A. Mozart*, la *Sonata para piano n.º 13 en mi bemol mayor, op. 27 n.º 1* de Beethoven; la *Sonata para piano n.º 18, op. 31 n.º 3* de Beethoven; y la *Sonata para piano n.º 28 en la mayor, op. 101* de Beethoven. Sí, mucho Beethoven; y sí, en ocasiones los concursantes eligieron la misma obra, que el jurado escuchó pacientemente una y otra vez. Esto permite constatar si la baremación que se había establecido era adecuada o si habría que modificarla.

Solo tres de esos ocho pasaron a la final de la 41 edición. El jueves, durante el concierto de la final, se desplegó lo mejor de los concursantes. Se abrió la sala del Teatro Victoria al público que quiso asistir, y escuchamos durante casi cuatro horas un repertorio exquisito de alto nivel pianístico.

Es un momento donde se percibe la camaradería de los finalistas: se oye «*Good luck*», deseándose lo mejor unos a otros, se cruzan miradas entre el que sale de la sala rendido tras más de cuarenta y cinco minutos de entrega al piano y el que, nervioso, encamina sus pasos hacia el teclado. Sí, hay camaradería y un enorme amor por el piano. Han participado concursantes de veinte años que ya dominan obras de dificultad altísima pero que asisten por vez primera a un concurso junto a experimentados pianistas que comprenden que tocar es solo el primer paso, que la madurez y la comprensión de la obra es la que inclina la balanza.

Y tras el último en tocar, la deliberación final. Encerrados en una sala todos los miembros del jurado, es fantástico escuchar los comentarios de cada uno, sus valoraciones. En ocasiones, la profesora Delia aceptaba, apenada, renunciar a un candidato que, tras una buena trayectoria en las dos primeras jornadas, había descuidado su intervención final. Ser justos era lo importante, no dejarse doblegar por

la brillantez, sino buscar más allá. Este ha sido uno de los valores que ella ha infundido en el concurso: honestidad. Como he mencionado, quien ganara, lo haría por méritos propios, por haber sabido mostrar un poco de eso que filosóficamente llamamos belleza. Y quien durante cuarenta y un años ha custodiado que esto fuese así, quien ha disfrutado y sufrido, quien se ha emocionado o irritado ha sido la profesora Delia Steinberg, gracias a la cual a muchos jóvenes pianistas se les abrió una puerta de posibilidades para el futuro. Gracias a ella, algunos han consolidado su carrera, hasta el punto de que varios de ellos realizan su propio concurso.

Ha sido tanto el amor que Delia Steinberg ha volcado en el piano que sería imposible describirlo. Ha dejado una huella imborrable en quienes la hemos acompañado; nos enseñó a amar la música y el teclado.

Por ello nace este artículo. Un pequeño y sentido homenaje desde el concurso que lleva su nombre: Concurso Internacional de Piano Delia Steinberg. Un sueño de ética y estética hecho realidad. Un sueño forjado a través de cuarenta y un años.

Imagen tras la entrega de premios de la 34 edición del concurso de piano Delia Steinberg, en 2015.



The image features a glass heart shape in the foreground, set against a background of a musical staff with notes. The text is overlaid on this image.

entrevista a DELIA STEINBERG

M.^a Dolores F.-Fígares

Hace seis años, con ocasión del 60 aniversario de la fundación de la Organización Internacional Nueva Acrópolis, en 2017, entrevisté a Delia Steinberg Guzmán, entonces al frente de la institución. Como los temas abordados no han perdido vigencia, quisiera aportar esta entrevista a quien ha sido directora de nuestra revista durante muchos años, en este homenaje que le estamos ofreciendo quienes continuamos nuestro compromiso.

A lo largo de más de sesenta años, la OINA fue realizando su vocación universal, llegando a sesenta países y a cientos de ciudades, trasladando sus ideales de fraternidad y búsqueda del conocimiento con vistas a la mejora del mundo a través de los individuos.

Delia sintetiza así esta tarea.

«En un primer momento, podríamos hablar de juventud, de la expansión propia de la juventud y de la inexperiencia propia de la juventud. Aunque tratamos con ideas muy antiguas, hay que adaptarlas al mundo en el que vivimos y esto no siempre es fácil. En cambio, los sesenta años y los sesenta países los relaciono con una juventud más madura, con una experiencia más probada por parte de todos. Hemos llegado a una situación que considero maravillosa, en la que aquellos que tienen más experiencia, gracias a los años, la han transmitido a los que tienen menos años pero igual necesidad de experiencia. Es decir, que hemos podido transmitirnos una forma de vivir».

**Creo que las semillas de ideas imperecederas
son también imperecederas.**

Mirando hacia atrás y haciendo un poco de balance ¿de qué se siente más orgullosa, o en qué piensa que se han cumplido las expectativas de los inicios?

«Me siento orgullosa de lo que la gente llama imposibles y me siento orgullosa de demostrar que no hay imposibles, que cuando existe una fuerte voluntad, un firme deseo de llevar las cosas adelante y una inteligencia elaborada día a día, todo, todo se puede realizar.

Me siento orgullosa del pasado, de la cantidad de ideas que ya florecieron hace siglos y que fueron las mismas que despertaron tantos personajes extraordinarios para el

Encuentro filosófico y artístico, España, primavera de 2008.



mundo, que movieron la historia, que cambiaron incluso la configuración sociopolítica de varios continentes. Me siento orgullosa de que estas ideas, con nuestro lenguaje actual, sigan siendo las mismas y nos hayan ayudado a transformarnos. No estoy hablando de un cambio radical sociopolítico, o de fronteras, o ni siquiera llegar a nuestro principio tan ansiado de fraternidad, pero sí quiero decir que hemos movido muchas cosas y que hay miles de personas que se han llevado aunque sea una semilla, se han llevado algo, una idea, algo que les ha cambiado la vida, que les ha ayudado a pensar de otra forma, a enfocar las dificultades de otra manera. De todo esto me siento orgullosa. No me siento orgullosa ni de los números, ni de las posesiones, ni de todas esas cosas que se las puede llevar el viento de la vida. Me siento orgullosa de los seres humanos que pueden transmitirse ideas trascendentales de unos a otros».

Y ahora, ¿qué perspectivas le ve a la acción de Nueva Acrópolis en el mundo?

«A mí me gusta trabajar mucho en el día a día, esa es la pura verdad. Hablar de un mes o dos meses ya significa casi un largo plazo. Pero claro, son maneras de enfocar la vida, no quiero decir que todos tengamos que hacerlo igual.

Le veo la misma perspectiva que encuentro en la historia. Es decir, hay momentos en que las ideas florecen y trazan surcos muy importantes en la vida de los seres humanos, y hay momentos en que el cielo se nubla y parece que estas ideas desaparecen, que ya no existen más o que ya nadie nunca más las va a comprender o las va a divulgar. Pero son nubes, son apenas nubes. Creo que los mismos espacios temporales, que han existido en el florecimiento de las grandes ideas filosóficas, podrán darse tal vez en el futuro. Puede haber un lapso, un descanso, una aparente detención. Sin embargo, creo que las semillas de ideas imperecederas son también imperecederas.

Ve el futuro como veo el presente: estable, permanente, capaz de rehacerse minuto a minuto».

**Ve el futuro como veo el presente: estable, permanente,
capaz de rehacerse minuto a minuto.**

¿Está preparado nuestro mundo para recibir estas ideas?

«No. El mundo no, pero hay muchos seres humanos que sí. Y nuestra búsqueda es sobre todo humana. No podemos trabajar sobre todo el mundo, el mundo es una abstracción. Tenemos que tener paciencia y dedicarnos a lo que tanto promovían los antiguos sabios, que es la educación. Y la educación trabaja con uno por uno, despertando lo mejor que hay en ese uno por uno».



En su larga carrera pedagógica, Delia Steinberg utilizó en numerosas ocasiones los ejemplos musicales para hacer entender las ideas que quería transmitir. Sus conocimientos musicales y su vocación filosófica así se lo permitieron.

Entre las muchísimas cosas que admiraba de Delia, una era su habilidad magistral, su sabiduría y sencillez —haciendo fácil lo difícil— a la hora de ponernos ejemplos prácticos para que creyéramos interiormente y mejorásemos cada día. Para ello, solía utilizar como modelo el orden, la organización y la disciplina con que funciona una gran orquesta sinfónica. Los valores que posee un buen conjunto orquestal —tanto a nivel profesional como humano— para sonar de la forma más bella y atraer al público, son los mismos que necesitamos cada uno de nosotros individual y colectivamente, y ella sabía ponernos el ejemplo justo que necesitábamos en cada momento; no olvidemos que, en su juventud, antes de dedicarse a la filosofía, ejerció como pianista profesional, y en todo lo referente a la música era una experta.

Delia decía que, para sonar agradablemente al oído del público asistente a los conciertos, en la orquesta debía reinar, en primer lugar, un orden estricto y jerarquizado donde se respetaran las normas previamente establecidas por el director y los músicos, que debían estar bien avenidos y organizados entre ellos para saber quién tenía que llevar la voz cantante en cada momento entre los distintos grupos instrumentales (cuerdas, vientos, percusiones...); cada músico debía cuidar su medio de trabajo, mantener limpio y bien afinado su instrumento (ni muy tenso ni muy flojo), tener en buen estado las partituras y los programas, con las indicaciones bien señalizadas, ir aseado, puntual y bien dispuesto a los ensayos, etc.

Otra cosa fundamental e importantísima a la hora de tocar debía ser mantener cuidadosamente los tiempos (¡cómo le intrigaban a Delia los misterios del tiempo!): el compás, las pausas, la velocidad y el ritmo justos indicados por el compositor, como también el punto de intensidad de los sonidos para lograr desde el piano más suave, casi imperceptible, al fortísimo que hacía retumbar las paredes del auditorio.

Por otro lado, en lo personal, un buen músico debía trabajar siempre con una atención constante, con el oído permanentemente alerta para aprender y también para escuchar lo que hacen los demás compañeros, a fin de poderles ayudar o suplir en caso de que alguno falle.

En definitiva, Delia nos hacía ver la labor y el funcionamiento de una gran orquesta para que nos sirviera como modelo a imitar en nuestra vida cotidiana y supiéramos armonizar nuestras propias contradicciones. Decía que todo buen músico debía conocer a fondo y seguir fielmente la idea que concibió el autor de la obra que interpreta, y ya que el compositor se había tomado el trabajo de transcribirla y pasarla al papel pautado para que el mundo entero pudiera disfrutarla, lo que nunca podía hacer un intérprete era defraudar a su autor malinterpretando su composición o desestimando sus indicaciones. En resumen, ella quería que trabajáramos siempre como si cada uno de nosotros formáramos parte de un grande y buen conjunto orquestal, o sea, que mantuviéramos nuestros instrumentos —las capacidades de cada uno— en perfecto estado y mejoráramos cada día las técnicas para hacer de nuestra vida una bella obra musical.

Eso era para Delia la música y lo que quería que fuera también para nosotros: una forma de expresión del alma de cada uno. Así la sentía y la definía en un precioso artículo de la serie «Hoy vi...» que escribió hace años para nuestra revista, y del que transcribo sus palabras finales:

Junto a su antiguo piano en la sede de Nueva Acrópolis en Madrid, en 2007.



«Cuando por breves instantes logramos escaparnos de la rutina material del vivir con minúsculas, se abren nuestros ojos ante la inmensidad del universo que sabemos incomprensible, pero que, sin embargo, no sentimos ajeno a nuestra condición de humanos. ¿Qué es lo primero que entonces nos llama la atención? El orden, la armonía inquebrantable con que todo se desenvuelve, los sonidos incansables con que los ciclos vuelven a aparecer una y otra vez... Eso es música. Así cobran nuevo valor las palabras de los viejos filósofos que nos explicaban aquello de la “armonía de las esferas”. Así entendemos que, efectivamente, detrás de nuestros ruidos, existen sonidos bellos y encadenados que van atando sutilmente las formas universales de la vida. Así entendemos que la música que llega a nuestros oídos es apenas una sombra —y no por eso menos bella ante nuestros imperfectos sentidos— de aquella otra Música Cósmica que probablemente resonará cadenciosa e infinitamente en el Espacio.

Delia nos hacía ver la labor y el funcionamiento de una gran orquesta para que nos sirviera como modelo a imitar en nuestra vida cotidiana y supiéramos armonizar nuestras propias contradicciones.

Por eso hoy vi la música y entendí su gran secreto. Ella no es obra ni creación de los humanos, o por lo menos, no es fruto de los humanos enceguecidos y encadenados a la materia... Ella viene de lejanas regiones y se deja atrapar por los genios que, en sus raptos de inspiración, pueden ascender a las esferas de la Armonía. Estos son los hombres felices —¿verdaderamente felices?— que pueden vivir el fenómeno de elevarse hasta ese mundo superior y transcribir luego, con la desesperación de la prisa, unas notas en sus páginas, o unos acordes en sus instrumentos, que deberán resumir lo que ellos percibieron tan esclarecedoramente.

Y a nosotros nos queda el oír o el ver... el abrir esa puerta mágica que alguna vez fue secreta y hoy nos muestra el camino de la música. Los sonidos no mueren en el aire, no se desvanecen en el tiempo; basta querer ver para observarlos danzando en el espacio, repitiéndose miles de veces en la memoria. Es la armonía, que clama por sus ancestros; es la música que se presenta ante nosotros.

¿Quieres verla tú también? Hay muchos autores que la han escrito para ti... Hay muchos hombres que expresaron su verdad a través de la belleza del sonido. Y es seguro que, si dejásemos penetrar esa armonía en el fondo mismo de nuestro ser, muchas angustias serían barridas como por arte de magia: el ritmo universal habrá puesto orden en nuestro microuniverso que llamamos “hombre”».

Ese es también mi deseo, querido lector, el que hoy comparto con lo que Delia deseaba para todos los que tuvimos la alegría de conocerla y quererla: que la armonía, la belleza y el ritmo del cosmos reinen cada día en tu microcosmos, tu pequeño universo del que hoy eres el administrador y el rey.

Una visión filosófica de la EFICACIA

F. Javier Saura Vílchez

*Artículo sobre notas de clase de la profesora Delia Steinberg Guzmán
recopiladas por el autor.*

(Nota: lo que está entre paréntesis es del recopilador).

Estas notas recopiladas son de varias clases de Filosofía para la vida y, por tanto, no se refieren tan solo al desarrollo de la conciencia individual y del ser interior de cada uno, también se aplican a todos los aspectos de la vida, con las lógicas adaptaciones. No olvidemos que el primer gran maestro de coach en Europa fue Sócrates, para muchos el padre de la filosofía occidental.

Estas notas recopiladas son de varias clases de *Filosofía para la vida* y, por tanto, no se refieren tan solo al desarrollo de la conciencia individual y del ser interior de cada uno, también se aplican a todos los aspectos de la vida, con las lógicas adaptaciones. No olvidemos que el primer gran maestro de *coach* en Europa fue Sócrates, para muchos el padre de la filosofía occidental.

Delia Steinberg desarrolla el tema de la eficacia basándose en unas clases anteriores del profesor Jorge Ángel Livraga sobre este tema y en el esquema en ellas expuesto, esquema que realiza partiendo de la visión tradicional del hombre como un microcosmo

1 Para una visión sintética más amplia: *Los siete senderos de la evolución espiritual*, Jorge Ángel Livraga. Ed. NA. Colección Perlas de Sabiduría.

y, como todos los seres que existen en el universo, poseedor de espíritu y materia, materia que constituiría nuestra personalidad, el receptáculo portador de nuestro espíritu. Dicho envase o personalidad está formado por cuatro elementos o vehículos, reflejo en nosotros de los cuatro elementos de nuestro planeta Tierra, nuestra «madre», donde vivimos y evolucionamos: un cuerpo físico de tierra, una energía o vitalidad de agua, unas emociones de aire y una mente concreta, egoísta, de fuego¹.

Para Jorge Livraga y para Delia Steinberg, eficacia y eficiencia son lo mismo. Dice la autora: «Para mí, eficacia es producir un resultado positivo en relación con lo que queremos hacer». Y, por lo tanto, «la eficacia está en el resultado».

No es algo tan sencillo, pues la eficacia se ha de reflejar en toda la personalidad:

- Para el cuerpo es orden.
- Para la energía es ritmo.
- Para las emociones es responsabilidad.
- Y para la mente es afirmación o seguridad en uno mismo.

Insiste en la necesidad de prestar mucha atención, pues estas características tienen un aspecto positivo y también otro negativo, y podemos autoengañarnos y caer en la inacción o en la falsa eficacia.

PARA EL CUERPO (Y LAS COSAS FÍSICAS) ES ORDEN

El orden es fruto de nuestra voluntad, que es una de las características del espíritu; y la voluntad se expresa como disciplina: donde hay disciplina hay fuerza de voluntad. En todo lo físico podemos apreciar los resultados más rápidamente. Ejemplo: si una habitación está o no ordenada.

Filmación institucional, Madrid, 2013.



Lo positivo

Hacer «que cada cosa esté en su lugar». «Encontrar para cada cosa su lugar más efectivo, donde esa cosa sirve, eso es orden».

En lo físico esto nos hace darnos cuenta de la cantidad de objetos inservibles que tenemos y que seguimos guardando «por si acaso» o por nostalgia. La solución es desprendernos de ellos. En este punto, Delia Steinberg insiste en la importancia de esta acción de desprendernos de lo ya inútil, porque lo que hacemos en lo físico se refleja en lo psicológico y mental, y viceversa; y la necesidad de dejar espacio a emociones más profundas y elevadas y a ideas mejores y más firmes. El profesor Jorge Livraga ponía el ejemplo de por qué en todos los templos y centros de formación espiritual al que empieza como novicio o discípulo se le ponía a barrer: para que llegara a percibir que lo mismo que hacía con la escoba ha de hacerlo con su mente y emociones. Afirma Delia Steinberg que «generar orden es crear espacio para el orden». Y muchas veces, lo primero que necesitamos es espacio.

El orden es fruto de nuestra voluntad, que es una de las características del espíritu; y la voluntad se expresa como disciplina: donde hay disciplina hay fuerza de voluntad.

Lo negativo

Acomodar cosas, apilarlas, amontonarlas... y como dijimos antes: acumular cosas que ya no nos sirven. (Hay una enseñanza oriental que dice: «Cuando llegues a la cima de la montaña, el bastón que te ha ayudado es un obstáculo».)

La importancia del orden: recomendaciones

— Ordenar es poner las cosas en su sitio, no en cualquier sitio sino en el suyo. Por eso, «si hay orden hay eficacia», porque es el orden el que nos permite que haya eficacia. «A más orden, más eficacia; a más desorden, más ineficacia». ¿Y si no encuentro sitio para las cosas? «¡Usa la imaginación!»... hasta encontrar «su» lugar. También nos recordaba que cada persona tiene su tipo de orden, y que lo importante es que sepamos dónde están las cosas para cuando las necesitemos.

— Se empieza por lo físico, pero hay que ir poniendo orden paulatinamente en todos los planos de la personalidad:

* Orden en la energía o vitalidad: aprovechar el tiempo, incluyendo el saber descansar.

* Orden en las emociones: saber claramente qué sentimos ante las circunstancias de la vida, ante las personas (familiares, amigos, desconocidos...) y ante nosotros mismos. Es «tener claridad de sentimientos». Hemos de dejar de escudarnos en la comodidad del «Es que en realidad no sé muy bien lo que siento».

* Orden en las ideas: «Tener cada idea en su sitio. Esto nos daría claridad porque nos permite relacionar bien las ideas y poder seguir construyéndo(nos)». Muchas veces dejamos de autoconstruirnos porque nuestras ideas, aunque sean buenas, están dispersas.

Jorge Livraga enseñaba que el orden deja pasar la luz y aporta siempre claridad. Ponía el ejemplo de la diferencia entre un trozo de carbón y un diamante: el diamante tiene sus moléculas ordenadas, el carbón no.

PARA LA ENERGÍA Y VITALIDAD ES RITMO

Lo positivo

«Encontrar la secuencia que nos permite mantener continuidad». «El secreto del ritmo no está en hoy sí y mañana no, está en la continuidad». Y como ejemplo, el ritmo del corazón. Consejos:

- Cada cual ha de encontrar su ritmo, el suyo propio.
- No caer en el error de «la falsa juventud», donde hay que hacer muchas cosas para sentirse vivo. ¡No! Lo que hay que hacer es «hacer las cosas bien y con continuidad».

Lo negativo

«Hacer del ritmo mecanicidad, con conciencia de mecanicidad y aburrimiento» es perder la conciencia de lo que hacemos: perder la finalidad, el sentido del por qué y para qué hacemos las cosas. Consejo: de vez en cuando, detente a pensar la finalidad de lo que estás haciendo.

Congreso de Filosofía y Voluntariado, Croacia, 2014.



Hay cosas que son mecánicas, pero no por ello han de ser aburridas. Consejo: cada vez que reinicies una tarea, la que sea, hazlo con una idea de aprendizaje y de perfeccionamiento, «voy a aprender algo nuevo y lo voy a hacer mejor».

«Hay una gran diferencia entre un ritmo continuo y una mecanicidad continua. Puede que creamos haber adquirido un cierto ritmo y lo único que hemos adquirido es un hábito». (Los hábitos son acciones mecánicas inconscientes. Cuando son fruto del esfuerzo consciente se transforman en técnicas en el mundo laboral, en buena educación o cortesía en las relaciones sociales, y en lo profundamente humano y metafísico son virtudes como elevada condición humana.)

PARA LAS EMOCIONES O PSIQUE ES RESPONSABILIDAD

Lo positivo

Responsabilidad como «un elevado sentido del deber: lo que debo hacer, lo que se espera de mí». Está en íntima relación con nuestra identidad y con la disciplina: saber quién soy y qué se espera de mí. Es cumplir con nuestro deber porque «es nuestro». Y esto se aplica también cuando tenemos un trabajo que no nos gusta. Consejo: como te has comprometido —responsabilizado— a cumplirlo, hazlo lo mejor que sepas, con alegría; (si te amargas, es como una bola de nieve que no para de crecer y termina destruyéndote... y a los que te rodean. Recuerda que tu estado de ánimo afecta a lo que hagas y a los que te rodean, especialmente a los que quieres y te quieren. Como enseña el estoico Epicteto: «Preocúpate tan solo de lo que depende de ti».)

Lo negativo

«Cuando se transforma en orgullo».

Congreso Internacional de Filosofía y Voluntariado, 2005.



a) Y creemos que somos perfectos y todo lo que hacemos lo hacemos muy bien y, por tanto, «somos muy responsables». Con esta actitud, «perdemos la posibilidad del perfeccionamiento», pues siempre podemos hacerlo mejor, y nos lleva al estancamiento. Como señala Delia Steinberg, «las cosas que hemos hecho bien son nada más que un paso para hacerlas mejor aún».

b) O cuando ese orgullo es una excusa para esconder nuestras propias capacidades y que no nos pidan algo más.

PARA LA MENTE ES AFIRMACIÓN O SEGURIDAD EN UNO MISMO

Lo positivo

Se fundamenta en lo que yo sé y en lo que yo puedo hacer. El fin de la efectividad es «poder hacer y hacerlo bien». Muchos se afirman en lo que ya saben, pero «la verdadera afirmación debería estar en lo que podemos hacer».

**Encontrar la secuencia que nos permite mantener continuidad.
«El secreto del ritmo no está en *hoy sí y mañana no*,
está en la continuidad».**

«Afirmación es la seguridad que nos proporciona todo aquello que somos capaces de hacer, y de hacerlo bien». Y esto en todos los aspectos de la vida, no solo en lo metafísico: cuando uno siente que algo puede hacerlo bien porque ya lo ha probado y le ha salido bien, «y puede volver a hacerlo tantas veces como sea necesario y cada vez mejor». Y la afirmación necesita de la organización: ideas claras y ordenadas, tener claras las prioridades de nuestra vida para darle a cada cosa su verdadero valor y la atención y energía necesarias.

Lo negativo

a) La vanidad. El creerse el mejor. Si a nivel emocional estaba el orgullo de la responsabilidad, «Todo lo que yo hago es perfecto», a nivel mental es la vanidad de la afirmación «¡Soy el mejor!».

b) La rutina o mecanización mental: muchas ideas pero dispersas, sin orden. ¿Cómo diferenciar si tenemos una buena organización o no? «La organización es un verdadero orden y una verdadera disciplina; es algo vital y deja paso a los imprevistos. Si cuando estamos muy organizados un imprevisto nos desequilibra, es rutina».

RECOMENDACIONES FINALES

«Tenemos que vernos todos los días como constructores» (de nuestro propio edificio, de nuestro proyecto de vida). Y verlo crecer cada día un poquito, trabajando en las cuatro paredes del mismo: la física, la energética, la emocional y la mental.

LA MAGIA DE LA TRANSMISIÓN

Delia Steinberg, pedagoga y comunicadora

Miguel Ángel Padilla

A lo largo de los años, una de las cualidades que más me ha impactado e inspirado de la profesora Delia Steinberg es la claridad, sencillez y profundidad con la que transmitía ideas y milenarias enseñanzas que, en sus clases y conversaciones, se tornaban totalmente actuales, además de parecer estar dirigiéndose, con cada palabra justa, a cada uno de los que estuviéramos reunidos escuchando sus clases.

Ella ha sido ejemplo vivo para muchos por su capacidad pedagógica, su calidez y su entrega completa a sus oyentes, a la transmisión.

Transmitir, enseñar, educar —nos decía— no es solo ayudar a despertar el discernimiento, sino también la voluntad y el amor necesarios para dar vida a las ideas superiores que reconocemos como válidas.

Ella lograba despertar el amor por el conocimiento, clave esencial en el camino del aprendizaje.

Su magisterio fue el de alguien entregado al desarrollo de lo mejor de la condición humana.

Durante años, hubo muchas ocasiones en las que trató de avivar ese espíritu educador y comunicador en aquellos que aspirábamos a ser como ella, un puente entre la herencia

de sabiduría atemporal que la humanidad atesora y el tiempo actual, que tanto reclama y necesita inspiración y ejemplo.

Comunicar no es fácil y mucho menos cuando hablamos de experiencias y matices que pertenecen al mundo interior del ser humano, tan subjetivo y lleno de riqueza a la vez. Ese es el gran valor de la palabra para un filósofo.

En una ocasión escribía:

«El lenguaje —la palabra hablada— creció junto con el poder de la memoria. Se aprendía a través de las palabras que se escuchaban y de las ideas simbólicas que se retenían. La imaginación cobró un papel fundamental, una imaginación inteligente y creadora que nada tenía que ver con la fantasía desbocada con que hoy la mente se evade de la realidad para correr por derroteros impredecibles.

Esto hizo que la transmisión oral fuera la fuente fundamental de comunicación. El maestro transmitía sus enseñanzas al discípulo “de la boca al oído”. Había que saber hablar y había que saber escuchar».

En muchas de sus clases y escritos dio una serie de elementos claves para que cada uno, a la hora de transmitir, se convirtiera en un verdadero puente de ideas, en un educador en el sentido platónico, es decir, aquel que ayuda a educir en sí y en los demás lo mejor de sí mismos.

Así, me he atrevido a reunir algunos consejos y condiciones que recomendaba para activar el arte, a la vez que ciencia —por ello lo he llamado «magia»— de comunicar y educar.

* Siempre recomendó que al hablar pusiésemos vida, energía y el alma abierta en sincera entrega de lo que pensamos y sentimos.

Junto al actual director internacional, Carlos Adelantado, en una de las clases de filosofía comparada impartidas en España.



* Para saber hablar, decía que es necesario «pasar por dos escalones previos: saber sentir y saber pensar», es decir, «haber aprendido a sentir y pensar para expresarlo luego de manera adecuada». Saber sentir es diferenciar las emociones superficiales de las profundas y duraderas, las que nos tocan el alma, y determinarnos a vivir y potenciar nuestros mejores sentimientos.

Saber pensar —decía— «es disponer de la mente para poner orden en ella. Hay que identificar nuestras ideas, clarificarlas al máximo y relacionarlas unas con otras de manera coherente. No necesitamos tener la mente llena de ideas, ni mucho menos de ideas vagas, confusas, negativas, inconexas; necesitamos unas pocas ideas pero luminosas a fuerza de claras. Y a partir de allí podemos pensar, podemos establecer relaciones, comparaciones, analogías, diferencias. Podemos razonar, analizar, comprender». Y añadía: «Hablar bien es, además, saber escuchar y saber dialogar».

* Consideraba importante no solo tener claras las ideas, sino las finalidades, por qué enseñamos, adónde conduce lo que decimos. Ese porqué nunca puede ser nublado por los detalles. Necesitamos de un discernimiento capaz de establecer una distinción clara de lo esencial.

* Para ella, un buen comunicador, un buen profesor, necesita una firme dedicación al cultivo de sí mismo y al cuidado de lo que hace. Ella siempre se enfrentaba a una clase, en cualquiera de las materias filosóficas y humanísticas que impartió, con una preparación previa minuciosa, a pesar de que fueran temas que ya había abordado en numerosas ocasiones. Su sentido de la responsabilidad así se lo exigía.

* De igual manera, nunca daba nada por sobrentendido y, por ello, siempre alumbraba el inicio de cada intervención con un preámbulo que sintetizaba y enmarcaba, a modo de introducción, el tema. Es como si tejiera pacientemente una firme cadena de

Impartiendo clases en los cursos de verano junto al director de Nueva Acrópolis en España, el Dr. Antonio Alzina, en 2008.



conocimientos donde cada eslabón se enlazaba con los anteriores. Siempre logró que tuviésemos una visión global.

* Nos instaba a hablar siempre desde el corazón, que equivale a hablar con el alma activa y despierta. Y al hacerlo, hablar también al alma de los demás, sabiendo ponerse en el lugar de ellos, percibiendo su riqueza interna y sus necesidades.

En muchas de sus clases y escritos dio una serie de elementos claves para que cada uno, a la hora de transmitir, se convirtiera en un verdadero puente de ideas, en un educador en el sentido platónico, es decir, aquel que ayuda a educir en sí y en los demás lo mejor de sí mismos.

Esto solo es posible si unimos calidez, sinceridad, energía y, a la vez, precisión en las ideas. Y para todo ello, necesitamos orden interior, coherencia y armonía, que nacen del desarrollo de cualidades superiores como la voluntad, la inteligencia y el amor.

* Ella lograba despertar el amor por el conocimiento, clave esencial en el camino del aprendizaje. Esa fue siempre una de las finalidades que otorgaba a la filosofía entendida a la manera clásica.

No se trata de desplegar muchos conocimientos y datos, sino de despertar en los demás el verdadero interés, no solo por un saber intelectual, sino por comprender y vivir los misterios de la vida.

* Nos recomendaba desarrollar una gran paciencia. Paciencia para saber escuchar a los demás, aprender y comprender; una paciencia como la del agricultor, que sabe sembrar y sabe esperar el crecimiento de las semillas que cada uno ha integrado.

* Finalmente (aunque la lista podría ser mucho más larga), hay que recordar la importancia que le dio a la alegría y el buen humor, a pesar de que a veces las circunstancias personales y los avatares de cada día intenten apagarlos. Nos enseñó que, más allá de la personalidad inestable, hay una fuente inagotable de energía y entusiasmo en quien ama lo que hace y es consciente de que la tarea de enseñar participa, en cierto sentido, de un carácter sagrado.

Muchos considerábamos a la profesora Delia Steinberg Guzmán una maestra, y utilizo este término a pesar de que sé que hoy no siempre es bien entendido. Eso nos hizo y nos hace bien a quienes así lo pensamos, porque además de aprender mucho de su mano, vimos en ella un ejemplo y una inspiración para nuestras vidas.

Sin embargo, más allá de la alta consideración que le tuvimos y tenemos los que queremos seguir sus pasos, ella nunca se consideró maestra, sino más bien alguien en continuo aprendizaje y desarrollo.

Quizás esa fue su magia y su más grande enseñanza sobre la transmisión.



Clase de antropogénesis, 2016.

Al hacer una semblanza de Delia Steinberg Guzmán, muchos destacaríamos por encima de todo su labor filosófica y su claridad para llevar la filosofía a sus miles de seguidores. También podríamos destacar su labor en la promoción de la cultura, con la enorme cantidad de conferencias de variada temática que dictó en su larga carrera, o en la promoción del concurso de cuentos y relatos filosóficos que tuvo carácter nacional entre los años 1979 y 2003. Y, por supuesto, el Concurso Internacional de Piano que lleva su nombre.

Pero hay una faceta en ella poco conocida: su afición y comprensión de las matemáticas. De hecho, con diecisiete años comenzó a estudiar Ciencias Exactas. En sus palabras, «sigo amando las matemáticas y la geometría con una pasión casi arcaica y pitagórica». Pero, como ella misma reconocía, su afán por encontrar el porqué de los fenómenos físicos le llevó a estudiar filosofía y, posteriormente, a descubrir Nueva Acrópolis con 23 años.

Su amor por las matemáticas se debe a la misma razón por la que fue una excelente artista: la apreciación de la armonía en la naturaleza, en la música, en el cosmos. En numerosas ocasiones hace mención en sus escritos de las «leyes matemáticas» del universo. Esas leyes rigen la naturaleza y son el objetivo del conocimiento de los porqués, es decir, son la finalidad de la filosofía. Escribe en febrero de 1997: «La naturaleza es rica en colores. Y la filosofía da el color del sentimiento a las leyes matemáticas que nos rigen».

Sobre estas leyes universales, escribe en junio de 1987: «Otra vez corresponde a la filosofía recordar que las ciencias y las leyes matemáticas afectan a todo el universo».

Dentro de la tradición hindú, la ley universal es conocida como Dharma, y así, ella dice en la conferencia titulada *La práctica del yoga* que «todo lo que vive, todo lo que se manifiesta, todo lo que vibra, todo está regido por una ley perfecta y matemática que es

el Dharma». En otra conferencia, *Libertad, inexorabilidad*, de noviembre de 1982, nos habla también de esta perfección matemática: «Esta gran ley universal matemática es perfecta, segura, repitiendo siempre un mismo ritmo, no por fatídica, sino precisamente por perfecta».

La perfección matemática da sentido al universo y vida a la materia. Incluso nos proporciona un concepto optimista de la vida. Dice Delia Steinberg en la conferencia *Optimismo y filosofía*, de mayo de 1979: «Basta con no verla [la materia] fríamente sino observar toda la maravilla matemática, la perfección, el cuidado con que se está elaborando todo el universo, aunque sea poco lo que de él conocemos».

Naturaleza y matemática siempre van de la mano, como escribe en 1980 en el libro *Los juegos de Maya*: «Todo en la naturaleza se cumple rítmica y matemáticamente», pues para ella el ritmo es la armonía matemática reflejada en el tiempo.

En la conferencia *Filosofía para vivir*, de noviembre de 2001, nos cuenta su experiencia haciendo ver a sus oyentes la belleza de las matemáticas, de esas «matemáticas dinámicas» o «matemática viva» de las que hablaba su mentor, Jorge Ángel Livraga: «A veces en las clases, recogiendo tradiciones, conocimientos, retazos de enseñanzas que quedan de estos grandes filósofos, precisamente de Pitágoras, suelo explicar algo de aquellas matemáticas pitagóricas tan extraordinarias y me encuentro con los ojos de mis alumnos como auténticos platos abiertos, diciendo: “no entiendo nada”».

La razón es uno de los supremos ejercicios de las matemáticas, como dice en otra conferencia anterior a 1980, titulada *El lenguaje, un símbolo*: «Cuando las ideas se unen como si fuesen unas matemáticas habladas; cuando se engastan y encajan perfectamente unas con otras logrando expresar aquello que estamos pensando de manera cabal, entonces decimos que estamos razonando».

Delia Steinberg también escribe, en julio de 1983, acerca de la magia, la «magna ciencia», en un artículo titulado *Los dos triángulos de la magia*, citando a Cornelio Agrippa: «la magia es, en síntesis, “la verdadera ciencia, la perfección, la realización de todas las ciencias naturales”. Así, el mago, instruido en las virtudes divinas, ha de conocer también las matemáticas, los números, que no son solo cifras que expresan cantidades, sino ideas y fuerzas, a partir del uno absoluto».

Para ella, «las virtudes filosóficas y espirituales son una “matemática espiritual” que, como una escalera mágica invisible, lleva a la sabiduría».

En definitiva, Delia Steinberg nos enseñó sobre la relación entre las matemáticas y la vida. Para ella, «las virtudes filosóficas y espirituales son una “matemática espiritual” que, como una escalera mágica invisible, lleva a la sabiduría».

Armonía, leyes universales, sabiduría, perfección matemática, matemáticas dinámicas, magna ciencia: estas son algunas de las enseñanzas que nos dejó.

La filosofía y EL VERDADERO ÉXITO EN LA VIDA

Carmen Morales

¿En qué consiste el éxito en la vida? ¿Es algo que depende de los demás o de nosotros mismos? ¿Todos podemos sentir ese éxito o está limitado a unos pocos? Tal vez el sentirse victorioso en la propia vida esté al alcance de todos.

Vivimos en una sociedad que valora el éxito por encima de todo y, como decía aquella vieja canción, «tanto tienes, tanto vales, no se puede remediar». O sea, el éxito consistiría en haber alcanzado una serie de metas económicas, profesionales y sociales que posicionen al individuo en la cúspide de la sociedad, donde pueda ser admirado y

¿Será que el éxito está destinado solo a unos pocos o tenemos un concepto equivocado de lo que es realmente la victoria?

envidiado a partes iguales. Esta idea del éxito se convierte en una obsesión para muchos jóvenes que quieren avanzar en la vida, progresar, como se suele decir, pero que no encuentran los medios ni la «fortuna» para realizar ese camino exitoso que parece tan necesario para la realización vital de cada uno. Y es que, claro, nadie te dice cómo ser una persona exitosa, ni qué camino tomar, ni qué acciones realizar... no es un máster que se haga después de la universidad. Así que la mayoría opta por el camino más obvio: trabajar sin descanso, dedicando horas y más horas a la profesión, que llega a convertirse en un monstruo que fagocita todos los otros aspectos de la vida: familia, amigos, ocio... No hay tiempo libre, no hay momentos de esparcimiento, no hay sueños.

El éxito

En una sociedad donde el éxito va de la mano de la fama y el reconocimiento, es fácil pensar que muy pocos lo consiguen y que los que se quedan por el camino pueden ser pasto de depresiones, angustias y otras alteraciones emocionales: falta de confianza en uno mismo, tristeza, abandono, sensación de incapacidad, amargura, resentimiento... ¿Será que el éxito está destinado solo a unos pocos o tenemos un concepto equivocado de lo que es realmente la victoria? Confieso que en mi juventud formé parte del pelotón de los primeros, los que calibraban su éxito en función de sus conquistas externas; si no eran visibles y valoradas —positivamente— por los demás, no tenían valor. El éxito tenía que ser público o no existía. Y, ¡cuántos llantos! ¡cuántas decepciones me llevé! Y, sobre todo, ¡cuánto tiempo perdido! Porque no fue hasta que la filosofía entró en mi vida, de la mano de la profesora Delia Steinberg Guzmán, cuando empecé a entender en qué consiste esto de tener éxito en la vida.

La filosofía es una disciplina poco comprendida y mal enseñada. De hecho, hasta ha desaparecido de los programas escolares en España, una verdadera tragedia que tal vez traiga consecuencias a largo plazo, porque una de las virtudes de la filosofía, entre muchas otras, es que nos enseña a pensar, a reflexionar sobre las cosas y sobre uno mismo. Y nos enseña también a relativizar, a dar a las cosas el valor que realmente tienen, lo que nos coloca un pasito más adelante en ese camino —que todos queremos recorrer— que nos lleva hasta la felicidad.

La profesora Delia Steinberg Guzmán ha sabido aproximar a los jóvenes a la filosofía, a través de un lenguaje sencillo, sin florituras, pero muy profundo al mismo tiempo. No se trata de aprender de memoria el pensamiento de los filósofos que nos preceden, sino de conocer su obra y recoger las perlas de sabiduría que nos ofrecen. Y con todo ello,

En Ucrania, impartiendo clases magistrales de filosofía (2009).



El miedo nos ciega, nos vuelve torpes y sobredimensiona los peligros; resta objetividad a nuestra razón y nos hace perder muchas oportunidades.

formar nuestro propio pensamiento, que eso es, al fin y al cabo, el arte de filosofar. Porque la filosofía es como un hilo de Ariadna que nos guía por entre los rincones oscuros de nuestra personalidad hasta que llegamos, después de muchas batallas y luchas internas, a lo más profundo de nosotros mismos, a nuestra propia esencia. Lo que cada uno es, ahora y siempre.

El héroe cotidiano

En su libro *El héroe cotidiano*, la profesora Delia Steinberg nos muestra cómo cada uno de nosotros podemos ser héroes de nuestra propia existencia y nos enseña que la vida es como un campo de batalla en el que hay que luchar contra nuestros dragones: el miedo, la pereza, la envidia, la soberbia, la opinión pública... y muchos otros que, aunque forman parte de la naturaleza humana, es necesario pulir y colocar en su lugar, lo que viene siendo educar la personalidad. Y de estas batallas surgen las conquistas, las victorias. Una guerra interior que será la que nos situará, en algún momento, ante las puertas del éxito.

Congreso de Filosofía y Voluntariado, República Checa, 2003.



Las pruebas de la vida

Para la profesora Steinberg el éxito se forja en el interior del ser humano y es producto de su constancia, en un camino de superación personal. Esta filosofía se refleja en su libro *Camino a la victoria*, en el que vuelve a reivindicar la figura del héroe que vive en cada uno de nosotros y la necesidad de conocernos a nosotros mismos para mejorarnos y superarnos. O lo que es lo mismo, superar las pruebas que la vida nos va poniendo en el camino como vía para alcanzar la victoria. Podríamos destacar muchas de las ideas y conceptos que la profesora Guzmán recoge en el libro, todos ellos muy interesantes y útiles: el héroe y el heroísmo, las pruebas, el valor, los límites y las limitaciones... pero hay tres que me parecen fundamentales como punto de partida para quien quiere conocerse a sí mismo y superarse: las caídas, el miedo y la victoria.

Precisamente el miedo y las caídas son los que nos alejan de nuestros objetivos y, por lo tanto, de la victoria. El miedo se presenta con variadas formas, a veces incluso disfrazado de virtud, pero no deja de ser una excusa para no dar pasos adelante. El miedo nos ciega, nos vuelve torpes y sobredimensiona los peligros; resta objetividad a nuestra razón y nos hace perder muchas oportunidades. No hay que confundir miedo con prudencia, ni sensatez con cobardía. El verdadero prudente es valiente, y el que disfraza su miedo de prudencia, no. «La valentía es la práctica del valor, de la acción inteligente hecha con el corazón» dice la profesora Steinberg. Y entre todos los miedos, destaca tres que nos dificultan el acceso al éxito: el miedo al fracaso, el miedo a uno mismo y el miedo al dolor.

Muchos son los motivos que nos pueden hacer caer, porque el camino no siempre es recto, sino que se presenta repleto de obstáculos y dificultades que superar. Son las pruebas. Y, ¿por qué caemos? Dice la profesora Steinberg Guzmán que «porque a veces la lucha es muy dura y la resistencia no lo es tanto. Porque a veces aparece una gota que colma el vaso... Porque es necesario conocer las profundidades del infierno para valorar la altura del cielo. Porque hace falta conocerse a uno mismo, los propios puntos débiles, antes de confiar ciegamente en el éxito sin barreras». En muchas ocasiones, una caída no es más que el impulso que necesitamos para continuar caminando.

Y entonces, al final, ¿qué es el éxito, la victoria? En las palabras siempre sabias y magistrales de la profesora Delia: «la victoria es un estado del alma. Es la íntima alegría que brota ante el éxito cuando hemos puesto en juego todas nuestras fuerzas». Si tenemos la plena seguridad de que hemos hecho todo cuanto está en nuestra mano en pro de nuestro objetivo, ese esfuerzo, esa lucha es la mayor de las victorias.

«El miedo es la prueba. La meta es la victoria» (Delia Steinberg Guzmán).

La vida es como un campo de batalla en el que hay que luchar contra nuestros dragones: el miedo, la pereza, la envidia, la soberbia, la opinión pública...



Una filósofa para el SIGLO XXI

Manuel Ruiz Torres

Cuando establecemos vínculos de corazón con una persona, la amplitud de lazos con los cuales nos unimos sobrepasa con creces los propios del contacto presencial. Pese al transcurrir del tiempo, no solo somos capaces de reconocer su mirada, las facciones de su rostro, el sonido de su voz, la forma de mover las manos, la manera de acompañar los gestos de su cuerpo con las expresiones de su cara, el paso de su caminar o la luz de su sonrisa, sino que también intervienen otros muchos lazos sutiles que aseguran ese vínculo de corazón.

Así, también se reconocen los rasgos del alma de esa persona, su manera de dialogar con la vida, de hilvanar sus sueños e ideales en el tejido del futuro, de afrontar todos los escenarios por los que la existencia le hace pasar, el pensamiento con el que nutre las conversaciones, con el que da forma a los inefables ideales o que evoca la raíz humana de los sentimientos más elevados.

De esta manera, al igual que nuestro cerebro es capaz de reconocer la información que le aportarían los sentidos acerca de la presencia de esa persona querida entre un millón entre las que estuviera, nuestra alma es capaz de reconocer las improntas que dejó en ella el transcurso de ese vínculo de corazón, de entre tantas huellas que nos dejan otros tantos lazos. Cada ser deja una impronta única en nuestro interior, tal y como la mirada que reconoce el cerebro es irrepitable.

Llegado el caso de la separación, porque ningún contacto entre personalidades es permanente, el conjunto de improntas, de huellas en nuestro corazón, llega a ser el legado más certero y seguro del vínculo con esa persona querida. Las características de su alma, reconocidas y alojadas en la nuestra, nos devuelven la presencia —ahora sí, sutil, y por tanto menos deleznable— del ser de aquella persona querida. Y en la medida

El corazón de Delia Steinberg es fácilmente reconocible por una marcada tendencia hacia la belleza, hacia la búsqueda y reconocimiento de lo bello en cualquier manifestación del genio y los haceres humanos.

que las busquemos en nuestro interior y las incorporemos a la cotidianidad de nuestra vida, esa persona que partió y cuyo contacto material ya no es posible, seguirá presente, muy presente con nosotros.

Tal es el caso de Delia Steinberg Guzmán, querida por tantos. Su vida estuvo colmada de todo cuanto un ser humano puede esperar para afirmar que vivió plenamente, y muchas, muchas personas desarrollamos fuertes vínculos con ella, de la naturaleza que cualquier hombre o mujer establece con aquel a quien considera un referente, un modelo o guía.

Cuando los sentidos ya no recogen señales de su presencia material ni lo harán jamás, queda la presencia de su alma en la nuestra, de una manera más diáfana y fuerte si cabe, porque ya no se ve opacada por las distorsiones que siempre introduce la materialidad de un contacto físico.

Y el alma de Delia Steinberg, repartida en el interior del corazón de tantos y tantos como siguieron sus enseñanzas, su ejemplo y sus ideales, es un alma para el siglo XXI; quiero decir *necesaria* para el siglo XXI, a juzgar por algunas de sus características más apreciables.

Curso de verano de filosofía, España.



En primer lugar, uno de sus rasgos lo constituyen sus enseñanzas, que pueden encontrarse en muchas de las propuestas filosóficas de la escuela de filosofía a la manera clásica Nueva Acrópolis, a cuyo crecimiento y desarrollo consagró su vida. Su mensaje ha servido para poder profundizar más y mejor en la naturaleza de los principios de fraternidad, eclecticismo y desarrollo interior que suponen la columna vertebral del mencionado movimiento filosófico, principios que en sí mismos marcan las líneas prioritarias que debe atender la humanidad del siglo XXI y que constituyen un auténtico reto para nuestras sociedades.

La belleza

El corazón de Delia Steinberg es fácilmente reconocible por una marcada tendencia hacia la belleza, hacia la búsqueda y reconocimiento de lo bello en cualquier manifestación del genio y los haceres humanos. Pero esa inclinación hacia la belleza no producía en ella únicamente el sosiego de espíritu, sino que la usaba como instrumento de reivindicación y enseñanza, en la seguridad de que el ser humano necesita por igual nutrirse de belleza y de alimentos sanos.

Delia Steinberg impregnó su vida de belleza, y por eso mismo, el amor hacia el género humano fue otra constante en su existencia. Pero también podemos reconocer esa característica de su ser entre sus cosas o en su habitación, algo tan propio en ella, que ocupó un lugar preferente en quienes mantuvimos un vínculo tan querido. El amor hacia aquellos de los que aprendía y hacia aquellos a los que enseñaba, el amor hacia tantos como pudieron acercarse a ella o a los que ella llegó en su actividad permanente fue continuo. Por ese amor, detestaba cualquier forma de injusticia hacia alguien, sin importar de quién viniese; por ese amor, era sensible al dolor ajeno; por ese amor, no

Congreso de Filosofía y Voluntariado, 2015.



cesaba de enseñar la importancia de desarrollar lo mejor de uno mismo, de tener en cuenta las consecuencias de nuestras decisiones.

Para ella, cumplir con la propia responsabilidad, hacer lo correcto, lo que está bien en cada momento, era incuestionable, y siempre enseñó que era una de las vías más seguras para descubrir y activar las virtudes interiores.

Reconocer y hacer el bien, promover la belleza para el goce el alma y como instrumento *re-evolucionario*, entender que hay una sola humanidad articulada sobre una gran diversidad que nunca nos hizo desiguales y que, por tanto, debe tener la misma oportunidad de vivir y desarrollar todas sus capacidades físicas, psicológicas, morales y espirituales, todo esto conformó el cuerpo de sus ideales, a cuya plasmación se comprometió mediante una dedicación ejercida hasta el final. Otro rasgo inconfundible de su ser.

Para ella, cumplir con la propia responsabilidad, hacer lo correcto, lo que está bien en cada momento, era incuestionable, y siempre enseñó que era una de las vías más seguras para descubrir y activar las virtudes interiores.

Dicha dedicación, es decir, la adhesión inequívoca y la defensa rotunda de sus ideales, la ejerció desde la postura más humana y sublime, blandiendo la filosofía, la capacidad de utilizar las ideas para promover los cambios, las transformaciones, las transmutaciones del ser humano y, por tanto, de la sociedad, siempre desde la paz, pues siempre abominó de la violencia.

Siempre afirmó que el ser espiritual que nos une a todo, las cualidades interiores conocidas como virtudes, capacidades o valores morales, la sensibilidad que nos permite recorrer los caminos del corazón, la vida interior en cuyo seno encontramos el sentido y la posibilidad de continuar, todas estas realidades inmateriales son más poderosas que las materiales y están al alcance de todos los seres humanos.

En definitiva, reivindicar la belleza como experiencia primordial para el ser humano; la unión entre todos; el derecho permanente a hacer el bien frente al interés mezquino de unos pocos; utilizar el amor al conocimiento y el amor al otro como vía para construir el espacio común; trabajar por la posibilidad que tiene cualquier hombre o mujer de desarrollar todas sus capacidades interiores y su ser espiritual como oportunidad segura de superar la adversidad; todo ello, el compromiso con estos ideales y la acción continuada por ellos, son improntas de Delia Steinberg en el alma de tantas personas, que al tenerla presente en lo cotidiano, orientarán sus decisiones hacia la búsqueda de lo que está bien, el amor y la unidad, prioridades para nuestra sociedad. Todo un legado para el siglo XXI.

Un camino hacia la interioridad: MORAL, FILOSOFÍA Y ESPIRITUALIDAD



Fernando Schwarz

La profesora Delia Steinberg Guzmán nos ha dejado una inmensa obra al servicio de la colectividad humana. Como su vida, sus enseñanzas eran accesibles y prácticas. Su preocupación permanente fue que el mayor número de individuos pudiera acceder a la comprensión del sentido de la vida para que cada cual pueda disponer libremente de su destino.

Hace unos años, en uno de nuestros congresos internacionales de filosofía, nos propuso un curso sobre cómo alcanzar la espiritualidad. Al escucharla, me pareció que, ante el total desconcierto y confusión actual, podría servir de bastón para todos los peregrinos del alma.

Ella propuso tres niveles progresivos a lograr para la práctica de la vida interior: el escalón de la vida moral, el escalón filosófico y el escalón espiritual.

«Muchas veces hay una confusión sobre cómo prepararnos a nosotros mismos, qué valores desarrollar en una vía ascendente para atrevernos a hablar de espiritualidad. A veces hablamos de la espiritualidad sin darnos cuenta de que hemos saltado pasos previos indispensables».

El escalón de la moral

La fuerza moral es el punto de apoyo de todo, que nos permite hacer frente a las diferentes pruebas o dificultades de la vida sin perder nuestra centralidad y caer en el psicologismo.

«Es evidente que hay que trabajar con la psique, pero si nos quedamos en el plano psicológico, nuestro trabajo se va a volver superficial y subjetivo. Lo psicológico no lo

resuelve todo, trabaja con el ego personal que quiere deslumbrar hacia fuera y no tiene dimensión moral».

Para obtener la salud psicológica y mental debemos formar nuestro carácter y depender menos de nuestros defectos y más de nuestras cualidades morales o virtudes, como las llamaban los antiguos filósofos. A la virtud, los griegos la llamaron *areté*, aquello que nos conduce a la excelencia. Los romanos usaron la palabra *vir*, lo vigoroso, lo fuerte, que no se refiere a lo masculino sino a la fuerza de carácter.

Fortaleza de carácter es seguridad interior y estabilidad, nos decía Delia Steinberg Guzmán.

«Hacer filosofía sin sentirnos seguros en el plano moral es engañarnos y engañar». El verdadero filósofo practica lo que enseña sin tener temor al fracaso, porque aprende de él.

La vida moral es interior y no es una forma de juzgar o criticar al prójimo, dándole lecciones.

En el escalón moral buscamos reconocer el bien y el mal. Cuando se le preguntó «pero ¿qué es el bien?», nos respondió: «el acercamiento a las leyes de la naturaleza y también todo aquello que nos hace mejores».

El mal consiste en el alejamiento de las leyes de la naturaleza, tal cual lo estamos constatando con los desarreglos que están originando las actividades humanas en el mundo, empeorando la condición humana de millones de personas.

La fuerza moral no puede estar edificada sobre la fe ciega, sino sobre nuestras convicciones.

En el transcurso de una clase magistral sobre filosofía moral en Rusia, en 2006.



«No busquen la estabilidad antes de tener seguridad interior. Sin seguridad interior haremos estable la inseguridad y los defectos».

«El emperador estoico Marco Aurelio preguntaba a sus interlocutores: ¿serás recto o enderezado? El valor moral que reúne a la mayoría desde milenios es la rectitud. Consiguiendo esta actitud interior de rectitud, el valor moral se transforma en un imán para nuestro perfeccionamiento».

Estas enseñanzas proceden de una moral atemporal o moral del alma, como decía Jorge Ángel Livraga. Esta vía moral nos lleva al examen interior sobre el sentido de nuestras vidas.

El valor de la filosofía

«La filosofía busca mejorar nuestras vidas, acercarnos a la verdad de las cosas, ser más felices, ser mejores».

El escalón de la filosofía, apoyado sobre nuestra vida moral, nos lleva a aprender a diferenciar lo verdadero de lo falso, la verdad de la ilusión. «Nos permite descubrir qué poco valor tienen las opiniones sin fundamento, salir de las fantasías y desarrollar una virtud maravillosa que es la investigación».

Debemos preguntarnos: ¿en qué apoyo mi vida? La prueba a la que debemos todos someternos, nos decía, es si vivimos de acuerdo a la verdad de las cosas o de acuerdo a nuestros prejuicios, fantasías e ilusiones.

«La verdad tiene muchos niveles. Hay un núcleo que podríamos llamar lo Verdadero, y luego, muchísimas expresiones de la verdad. Pero para poder encontrar la verdad, primero hay que reconocer que en cualquier forma de vida hay verdad».

Clase de cosmogénesis en Madrid, en 2016.



Pero nos señalaba que, para poder ver en el interior de las cosas, se necesita primero obtener un estado de tranquilidad y de serenidad, un estado de ataraxia donde no se está sometido a la pasión. Mientras que el hombre agitado está siempre dependiendo de los elementos exteriores que lo perturban, el aprendiz de sabio no se deja invadir por el mundo exterior. En ese aspecto, Delia Steinberg Guzmán converge con las grandes filosofías morales de la Antigüedad como el estoicismo y el epicureísmo, incitándonos con su ejemplo a ponerlas en práctica hoy.

Para obtener la salud psicológica y mental debemos formar nuestro carácter y depender menos de nuestros defectos y más de nuestras cualidades morales o virtudes, como las llamaban los antiguos filósofos.

Nos previene de que hay un defecto muy grave en la búsqueda de la verdad, que es la impaciencia. «El *no hay urgencia* no es lentitud, que sería pereza. No tener apuro es avanzar sin ansiedad, para avanzar tranquilos. Para vivir y buscar las leyes de la naturaleza hace falta respirar, sin ansiedad. Hace falta un gran cambio en nosotros mismos, aprender a buscar la verdad. De esta búsqueda nacen las convicciones que no se pueden imponer».

Las convicciones nacen cuando hemos captado algo de la verdad que podemos poner en práctica. Estar en lo verdadero no se limita a un compromiso intelectual, es también un acto práctico y moral. Porque esto implica ser verdadero no respecto de algo exterior, sino como un acto individual interior.

La verdad reside en un acto existencial de vivir por la verdad, haciendo de ella un modo de vida que nos acerca a su esencia. Se trata de poder concebir otra vida. Los griegos llamaron a esta apertura de la conciencia *aletheia*, es decir, descubrimiento, desvelamiento, revelación : ir más allá de las apariencias.

El escalón de la espiritualidad

Delia Steinberg Guzmán constató, por su experiencia, que estamos inmersos en un mundo que atenta continuamente contra la espiritualidad a través de su postura antimoral y antifilosófica. La falsa libertad del individualismo narcisista nos ha conducido a la crisis que estamos viviendo. «¿Estamos seguros de que nuestra elección parte de la conciencia y no de la mecanicidad de la mente?».

Ella nos incita, como los filósofos a la manera clásica, a volver a dar sentido a lo que es la espiritualidad con la búsqueda de lo duradero, de lo imperecedero, de la Realidad. «La espiritualidad es, en principio, un estado de conciencia».

La palabra *espíritu* proviene del latín *spiritus*, 'aliento'. El ser humano posee una inteligencia que le permite comprender el mundo, pero también liberarse de él. Como dice el filósofo Bertrand Vergely, cuando la inteligencia se convierte en una facultad práctica de libertad y no solo en una facultad teórica de explicación de la realidad, podemos hablar del espíritu. El espíritu nos reenvía al sentido, a lo que está detrás de las cosas. Nos libera del peso de la letra muerta y nos conduce a su significación simbólica.

Delia Steinberg nos ha dejado algunas recomendaciones para facilitar nuestra práctica de la espiritualidad. Para comenzar, apoyarnos sobre nuestra vida moral y la práctica de la filosofía para comprender y discernir el sentido de las cosas internas y externas que vivimos.

«La espiritualidad no es creer, sino saber. Por eso hemos dejado atrás el psicologismo, porque la fe emocional es muchas veces irracional. Para hablar de espiritualidad debe haber saber. Espiritualidad es ver las cosas como son y no como queremos que sean o como nos gustaría que fueran. No podemos pretender transformaciones si no vemos primero las cosas como son».

Para lograr un cambio interior o exterior debemos constatar su verdadera naturaleza y partir de esas realidades para evitar que la energía que empleamos se diluya sin ningún resultado.

La espiritualidad es, para ella, amor por el prójimo. Nadie puede avanzar si no se interesa por el bien del otro. Aprender a olvidarse de uno mismo es, paradójicamente, una de las claves para nuestra propia mejora interior. «No me refiero al amor particularizado en una persona u otra. Es como si nuestro corazón se volviera irradiante y pudiera volcarse en todos, porque todos tienen algo de bueno y algo de malo. Lo

Encuentro cultural y teatral con voluntarios latinoamericanos de Nueva Acrópolis, 2015.





Clase de filosofía comparada, España.

importante es amar, porque, sin amar, la fraternidad no es posible. La fraternidad es parte de la espiritualidad, es un principio indispensable para alcanzar finalidades superiores». Insistió permanentemente en que, más allá de las mentalidades de cada país, debemos comprender que los corazones humanos son iguales en todo el mundo. Las diferencias las ha creado la mente.

Una de las explicaciones que más le gustaban sobre qué es Nueva Acropolis es la de una escuela de filosofía a la manera clásica, que se apoya en la moral y busca la regeneración espiritual del género humano. Para que nuestras escuelas en el mundo puedan promover la dimensión espiritual, debemos desarrollar la capacidad de descubrir la verdad y de descubrir el bien.

«Espiritualidad es un estado de conciencia en el que nos podemos sentir parte integrante de todo el mundo y podemos penetrar en todas las cosas, en todos los seres y en todas las verdades».

Querida profesora de vida, gracias por enseñarnos a compartir el bien, la verdad y la Realidad y sentirnos parte de la humanidad y del universo.

Estar en lo verdadero no se limita a un compromiso intelectual, es también un acto práctico y moral. Porque esto implica ser verdadero no respecto de algo exterior, sino como un acto individual interior.



www.revistaesfinge.com